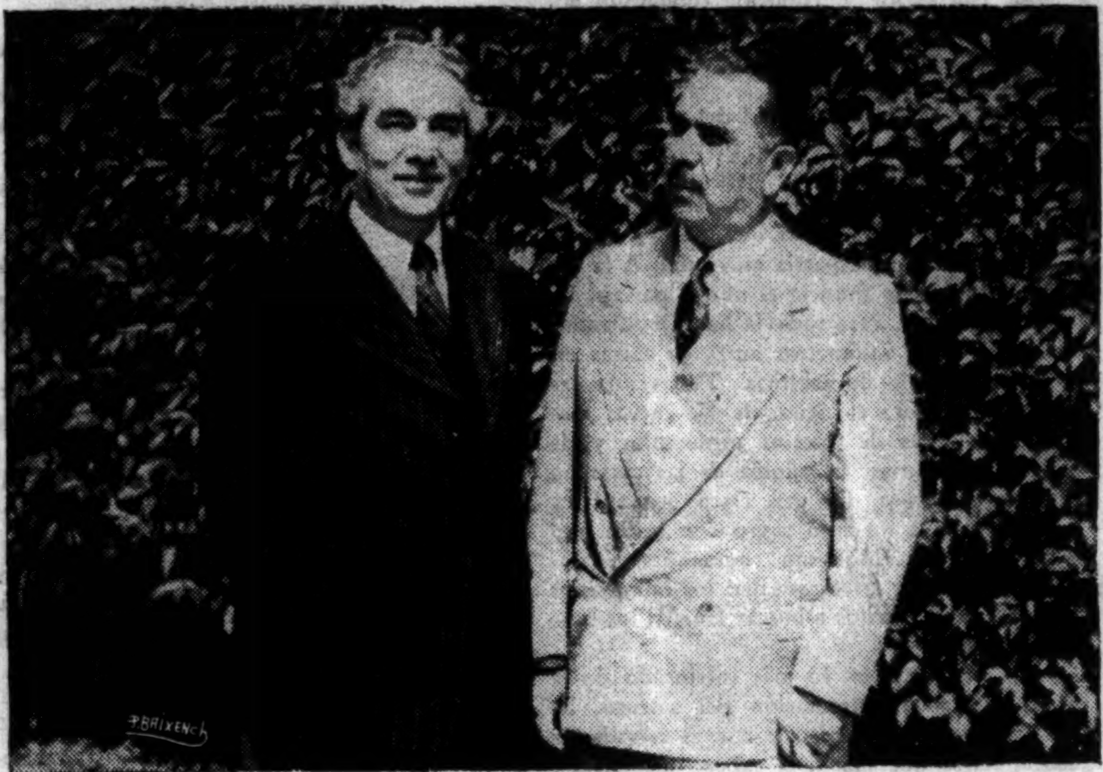
# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV — San José, Costa Rica — 1949 — Sábado 30 de Abril — No. 6

Año XXIX — No. 1081



El Gral. *Lázaro Cárdenas* (a la derecha) y *Juan Marinello*, en la *Eréndira*.

## Conversaciones con Lázaro Cárdenas

## VIAJE

Por *Juan* MARINELLO

(Envío del autor, en La Habana)

I

El primer servicio eminente que debo al General Lázaro Cárdenas al partir a su encuentro, es esta oportunidad de apresar, en el tránsito rápido hacia la carretera que ha de conducirme a Michoacán, la magnitud real de la ciudad de México. Del corazón ajetreado de la capital pasamos a las urbanizaciones grandiosas partidas por avenidas a medio hacer, sembradas de plazas en proyecto, pobladas de mansiones presuntuosas. No todas son de buen gusto. Asoman con demasiada frecuencia las de los sirios enriquecidos, agobiadas de pirigallos indignantes; pero van dominando ya las de fachada escueta y porte funcional, ennoblecidas por toques discretos en la piedra gris.

La ciudad crece tanto, que es difícil decir cuándo hemos llegado al campo o cuándo atravesamos un espacio rural entre dos urbanizaciones invasoras. Al fin, entramos en la carretera violenta, escoltada de pinos. Es entonces, desde un altozano estratégico, que se tiene la medida de dos grandes realidades mexicanas: la ciudad trabajadora y singular, rica de recodos coloniales y de audacias de ahora y, enfrente, el inconfundible campo de México, el paisaje abierto y duro donde los lujosos pinares intentan en vano, con su fronda erecta y unánime, domar el filo trágico de las piedras desnudas.

El viaje hasta Morelia, la capital michoacana, es una larga e insuperable lección de geografía de México. Por más de seis horas se corre por sierras y precipicios, siempre sobre curvas impresionantes que se escabullen entre las montañas incontables. Cambian el clima y el ambiente, mudan la temperatura y la casa; pero ese hilo huidizo y presente que es la mexicanidad agraria todo lo ensarta y vertebra. Al llegar a la antigua Valladolid, sentimos como si las sensaciones contradictorias —que han golpeado la salud física y conmovido la sensibilidad del artista y del hombre— se sumaran en una síntesis dolorida y valerosa en que el jadeo difícil de esta tierra se empinara decisivamente.

Bordeando pueblecillos sonrientes —hechos para los nervios cansados de los habitantes de la gran ciudad cercana— dejando atrás poblados tristes y sórdidos —hechos para el campesino que propicia y sustenta la sonrisa— nos adentramos por la región del Lerma, el río que ahora va a calmar la sed de la capital, llegándose a ella por un túnel dilatado y costosísimo. El pueblo, al que bautiza el río, es pintoresco y destartalado, con una ancha iglesia desgastada y algunas casas señoriales muy venidas a menos. La fertilidad circundante, hija del río estrecho y torrentoso, dura poco, porque la carretera se empina con violencia, apuntando a las alturas heladas de Toluca.

Al marcar la primera hora de la ruta, estamos entrando en Toluca. La ciudad mantiene su aire receloso y pacato —hecho de temperamento y temperatura—. Algo ha variado en ella: un enorme monumento a las madres, algunos garages de estampa reluciente, una escuela en construcción, pequeñas fábricas en las afueras; pero, como no es viernes —día de tianguis— el mercado está quieto y los enormes portales en que se venden dulces y zarapes son atravesados por ciudadanos silenciosos y lentos. No podemos ver, en la prisa, la estatua de José María Heredia, que hace doce años no había. Nos desquitamos de ello pensando un poco, mientras el automóvil vuela hacia los pinares maravillosos de Bosancheve, en el poeta que aquí fué diputado y juez, en el amador apasionado de nuestro sol y de nuestras palmas encadenado, sobre estos tres mil metros angustiadores, por los hierros de la tarea burocrática y de los hielos nocturnos. Cuánto pudo pesar esto, sospechamos, en su claudicación postrera cuando, sombra de sí mismo, fué a abrazar a su madre moribunda, con el pasaporte español en la chaqueta.

El paisaje cambia multiplicándose en perspectivas violentas. Desaparecen las murallas de pinos y todo se hace declive y quebrada. La vegetación emigra hacia lo alto de las montañas lejanas; los ríos parecen acequias por lo estrechos y ruidosos; la carretera queda, a veces, como un camellón obstinado, avanzando entre dos tajos. A la vuelta de un viraje ríspido aparece Zitácuaro. La vista del pueblo me produce honda emoción. Mi mujer, a mi lado, lo sabe y entiende. Mis ojos quieren absorber, para siempre, el escenario. Miro hacia los montes fronteros, velados por las últimas nubes de septiembre, hacia los pueblecillos laterales acurrucados junto a las iglesias primorosas, hacia las casas de las haciendas, desangrándose orgullosamente, hacia los magueyes, que han reaparecido sorpresivamente, hacia la Coyota, que es como una torre familiar, hacia las estribaciones últimas, que protegen a Tuxpán.

Quiero meterme dentro el último paisaje que contempló sano Aníbal Ponce. Aquí fué el accidente que le costó la vida. Aquí, al volcarse el automóvil que lo traía de Morelia, se fracturó la clavícula izquierda y empezó a morir. "Durante seis días he estado en Zitácuaro sin poder moverme, malamente atendido. Hoy he llegado a México y mañana probablemente me internaré en un sanatorio para que me operen: otros 15 días de inmovilidad y fastidio..." La carta, mensaje sombrío por tantas razones, me llegó cuando Aníbal había muerto.

Ahora, frente al paisaje para siempre marcado con su recuerdo, se me hace nueva la herida de su viaje prematuro. Al atravesar el tramo nefasto entiendo mejor la magnitud de su ausencia. Aquella cabeza clara y erguida, original y nutrida, poderosa y sensible, hubiera dado hoy, frente a las grandes cuestiones de nuestro tiempo, su fruto más granado y su orientación más valiosa. Con Aníbal Ponce perdimos los americanos todos una fuerza que estaba repletando sus cauces para la tarea decisiva. Por ello cada día que transcurre senti-

mos más la falta de su sabiduría y de su conciencia.

Hacemos alto, para comer, en los famosos baños de San José Purúa. Exacto modelo de un paisaje soberano y de un clima perfecto rebajados, vejados, por las artimañas presurosas de los caza-turistas de turno. La multitud, endomingada todos los días de la semana, come a trancos groseros para que no se vaya el sol, que debe alumbrar las excursiones que los agentes del hotel han organizado. Ni la montaña que se alza frente al comedor congestionado, partida de la cabeza a los pies por una gentil cortina de agua, se salva de las acometidas de la turisma en zafarrancho.

Falta por vencer la mitad del camino. Pasamos por Tuxpán, con su placita íntima y su iglesia depurada. Atravesamos, por la avenida que es su espinazo lastimado, Ciudad Hidalgo, junto al molino que poseyó la familia del Padre de la patria mexicana. A la salida del pueblo se anuncia el nuevo paisaje, de montaña y nube. Pero todavía habrá que andar buena tirada de kilómetros antes de entrar en el monte cruzado de neblinas. Todavía la carretera mantendrá el ritmo de las curvas discretas bordeadas de caseríos minúsculos y de viviendas solitarias. El adoble de las casas ha ido ennegreciendo. De gris claro que fué en Toluca, llega a un rojo negro con brillo metálico. Los portalitos son coquetones, cuajados de flores. De las casas salen los campesinos con los dulces burritos a buscar leña en los bosques cercanos.

Mil Cumbres, en lo más intrincado de la sierra, marca la culminación del ascenso. Se llega allí por un dédalo de curvas cerradas y contrapuestas que marea la cabeza más firme. El gran balcón merece las molestias. Las cordilleras se suceden en el escenario gigantesco, cada vez más altas. La vegetación es poderosa, y brava. La luz de la tarde va tocando y encendiendo las cumbres incontables. Las brumas tenues ponen el toque evocador. Se pierde en la contemplación la medida y el tiempo. Sólo los versos de Jacinto Verdaguer, hechos frente a paisaje menos grandioso, pueden dar, por su virtud épica, el arrobamiento deslumbrado de Mil Cumbres.

No se deja más la montaña. Siguen hasta el torbellino las curvas sobre el abismo. La niebla nos detiene. Llueve fuerte. Escampa. De las cumbres vienen hilos de agua que lloran sin ruido. Un frío húmedo nos muerde los huesos. Y cuando parece que la marcha se reitera entre abismos, el último sol del día nos muestra a Morelia, término del viaje. Seguimos el rumbo del viejo y lindo acueducto, orgullo ciudadano; pasamos junto al bosquecillo municipal, lentificamos la marcha para reconocer la catedral inolvidable; saludamos al venerable y querido Colegio de San Nicolás de Hidalgo, que guarda un papel que vale la ciudad: la última carta de José María Morelos. Y sin tiempo para reposar, como en otros días, en la amada Plaza de las Rosas —encanto y sueño de Aníbal Ponce— nos metemos en el hotel del Virrey de Mendoza.

Las huellas violentas del paisaje estorban el sueño. No hay sino meditar en el día siguiente. Con la vista pegada a las vigas oscuras y gruesas pienso que al otro día he de conocer a Lázaro Cárdenas. Repaso testimonios y libros, gestos y hazañas. Dos días antes, un viejo reaccionario y agudo me ha dicho: Váyase con cuidado: nada más difícil que un hombre que ya es un poco estatua... Rechazo, con un manotazo mental, la frase maligna. Quiero tener al hombre en su mejor esencia política, en su más válido perfil histórico. Sé que es el mexicano que vive más arraigado en el corazón de las grandes mayorías de su tierra: un maestro lo respeta, un obrero lo quiere, un campesino lo ama. Cuando en la capital he dicho su nombre en un discurso, la multitud ha gritado enardecida. Sólo la pasión desbocada podría poner en duda que Lázaro Cárdenas está incorporado ya, indeleblemente, a la más pura historia revolucionaria de su pueblo.

Sé que mañana he de tocar carne de historia en un hombre todavía joven, cargado de potencias y propósitos, alerta y sensible, desvelado y ansioso. Y he ahí la terca interrogación: ¿cómo este héroe nacional auténtico que ha pasado, con merecimientos irrebatibles, a los altares cívicos —¿acaso no son eso, altares cívicos, las grandes pinturas murales de México?— mira y entiende lo presente y lo venidero, el tiempo en que ha de tener, quiéralo o no, responsabilidad culminante? ¿Encontraré en el líder que tanto he admirado a distancia, correspondencia leal a su prestigio? No es cosa de todos los días toparse con una fuerza vigente, andadora, que ha entrado, sin embargo, en la quietud permanente de la Historia.

La luz inconfundible, clara y tibia de Morelia, entra por los cristales del balcón, sin que el soliloquio haya terminado. Pero hay que saltar rápido de la cama. En la puerta han sonado dos golpes discretos. El Coronel Sánchez Gómez —perspicacia, tacto, penetración— viene a buscarme. Su jefe, el General Lázaro Cárdenas, me espera en la Eréndira, junto al lago de Pázcuaro.

# Crepúsculo

(En el *Rep. Amer.*)

Buscamos en la vida fantasmas ilusorios:
tras locas ambiciones, corremos con afán
hollando los caminos, falaces, promisorios,
por donde marchan raudos los sueños que se van.

Inquietos nos movemos, brillante la mirada,
altivo y fiero el gesto: sabemos combatir.
Frente a los otros hombres, la triste mascarada
del mundo es una lucha por el diario existir.

Y al cabo, sobre el polvo de aquella caravana,
—que arrastra sus miserias de uno a otro confín—
salimos de la noche de horror y, una mañana,
el sol nos marca un sitio de honor en el festín.

¡Repartirnos el oro de la vida suntuosa!
¡Beber el vino alegre de una loca ilusión!
La orgía fué nuestro premio en la lid azarosa:
¡no importa si perdimos en ella el corazón!

Y luego, cuando llega la tarde de ese día,
—la lucha y los placeres agotan la ilusión—
sentimos en el alma tan cruel melancolía
que es casi una demanda de olvido y de perdón.

¿Qué valen las prebendas, si es con sangre de hermanos
que se llenan las copas en el diario libar?
¿Para qué la victoria si nos queda en las manos
que la arrancan el signo del que sabe matar?

Y entonces comprendemos que hay más dulces quimeras:
que, más que el desenfreno de lucha y de placer,
ansiamos, en la tarde de las luces postreras,
la paz de la conciencia y el "sí" de una mujer.

*Román JUGO.*

San José, Costa Rica. Marzo de 1949.

# El aprendiz

(3er. *Mensaje*)

Por *Alexánder BIERIG*

(En el *Rep. Amer.*)

Veo en tu pequeño estudio que te ha gustado la casita. Y por cierto, por sus medidas y otras singularidades, es bastante atractiva. Pero, como ya tantas veces, te has equivocado. Te ha gustado el objeto en su ambiente, dentro de lo que lo rodeaba, y allí, según me lo imagino, formaba una agradable mancha de colores luminosos en un verdor multimatizado. Y tú no te has dado cuenta de que precisamente en el conjunto estaba la belleza. Y así, en lugar de echar la casita hacia atrás, pintándola desde lejos, te has arrimado lo más posible. Y con el resultado pagas ahora tu error. Has creado una monotonía fastidiosa, sin gracia alguna, sin armonía. Casi desde el borde inferior del marco, sin perspectiva u otro atrac-

tivo, se levanta una fachada sin vida, sin mayor interés en su aislamiento; y dos árboles, dividiendo la imagen en tres partes iguales —grave falta de estética— ocultan el ramaje y corona detrás del marco superior. ¡Qué feo es eso!

En tus pinceladas noto destreza, y según das luz y sombra, no te falta sentido de color. Mas eres principiante mal orientado. Tu sentimiento para el ritmo o la composición, todavía duerme. Tienes que sacudirlo enérgicamente, a que te acompañe con ojo abierto y tu mente se sensibilice a captar el orden que ves. Yo no puedo saber, si el primer término del terreno se prestaba para dar un conjunto agradable, pues no lo vi. Pero supuesto que sí y teniendo en cuenta las demás posibilidades, ¡qué resultado tan ameno! Tratemos de verlo en la imaginación:

En el primer término, un terreno inculto, atravesado, campo adentro, por uno de esos torcidos senderos campestres, que se ensanchan, se estrechan, flanquean un pedrusco o un charco de agua pluvial, se pierden en un charral o detrás de un terraplén, para surgir, inopinadamente y angostados por la lejanía, mucho más allá. Un árbol nos abriga, y su sombra oscurece el verde y el suelo más cercano, dando, por el contraste y engaño óptico, mayor claridad a lo que sigue. Luego, pero no del todo en el medio del lienzo apaisado, el horizonte aún en la mitad inferior, está la casita. La divisamos entre los dos árboles un poco empujados hacia un lado, y que ahora están en posesión de su ramaje y su frondosa copa. Y desde cada costado se extiende y se alza lo que hay: una lozanía en matas altas y bajas, quizás un palo seco o una palmera, todo según la región, la estación y el clima. Encima, un transparente cielo de un celeste pálido y cálido y, a no ser que la suerte nos presente un celaje mejor, etéreos cúmulos de buen tiempo, teñidos de un gris rosado por la luz rayana del atardecer. Pues esa y la luz del alba nos interesan mayormente. De norma, son las luces más pintorescas. Cual halo diáfano soplan un suave tinte sobre la materia, infiltrándola notas de melancólico resplandor.

Y ¿qué hubiéramos hecho de esta bonita casita, sin un primer término aprovechable? Hubiéramos dejado de pintarla. Lo que no satisface en todo sentido, sea por una u otra razón, no lo apreciamos. Buscamos y pintamos un objeto de mejor calificación.

"...y (que) tu mente se sensibilice a captar el orden que ves", está dicho más arriba. Este punto tiene tantas facetas como el complejo órgano visual de un insecto. Y todo es relativo, tiene su adhesión privada, extraña y especial en el contorno siempre ampliándose. A veces, la porción atraída al formato y la cabida del lienzo destinado a la obra es de por sí perfectamente rítmica. Lineamiento y repartición de las masas están en orden agradable, y hasta en el colorido, los parches, claro y oscuro, se equilibran bien. Y satisfacen tanto más cuanto no son cabalmente bilaterales o centrados, lo cual podemos llamar: monotonía, falta de movimiento y atracción, y lo que debe evitarse a favor de algo mejor. Una calle cementada, sembrada, a cada lado, de palmeras equidistantes y de una misma altura, es en sí aburrida por excesiva monotonía. Sin embargo, según el punto de observación, dentro de un conjunto (en su ambiente amplio) puede resultar sumamente agradable a la vista. Ahora, en cuanto al aspecto de su perspectiva, apreciada dentro de ella misma, ya gana algo (no para el transeunte sino para el pintor), si en lugar de cemento raso hay suelo natural con baches, charcos y lodazales reflejando un nublado. Y aún más gana, cuando un arbusto por aquí y un árbol por allá rompen con color y forma la demasiada igualdad.

Eso es un mero ejemplo teórico de entre un millón de posibilidades. Si lo sientes y lo comprendes, has aprovechado el momento. Pero si estudias consciente el asunto en las reproducciones de las concernientes obras clásicas, te ahondas mucho más en la materia. No necesitas ser "clásico" por ello. Hay muchas maneras de crear algo bueno. Mas lo armónico, lo bello, lo perfecto, está sujeto a un ritmo fundamental, difícil de explicar e ilustrar, por cierto, pero ya sentido, notado en su ser y utilizado con provecho por aquéllos que han elevado el arte a su máxima altura. Y de ellos debes aprender. Los desvíos de nuestros días trastornados, nada te enseñan. Te desorientan, te apartan de lo bello, te obstaculizan la senda hacia el arte: el arte en su concepto elevado, el arte verdadero.

Costa Rica. 1949.

* * *

*Nota del Editor.*—En la página 13 del tomo en curso, columna 1ª, la frase que comienza en el renglón 12 debe leerse así: "Pero en el *macrocosmos* el orden responde a las mismas reglas (leyes)". En la misma página, columna 3ª, los renglones que separan tres asteriscos no tienen que ver con el texto anterior.

**El traje hace al caballero**
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
**"LA COLOMBIANA"**
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

# El escondedero del corazón

(En el *Rep. Amer.*)

¡Peregrino de la vida! ¡Peregrino del Ideal! Héte aquí en tu rincón precioso de quietud y de silencio. El rincón donde esplende la luz del sol en su primor mañanero. Un cándido cielo azul te cubre. Los árboles de la vecindad y tiernas avecillas que en sus ramas se posan, cantan el júbilo del día. Del día que es una bendición de Dios. ¡Oh, peregrino, tú consideras el día como una bendición porque estás bien avenido con la tierra! Porque tú sabes que la tierra es sagrada. Porque sabes que la tierra está en el firmamento, en ese firmamento que tanto admiras desde abajo. Porque sabes que la tierra, vista desde la infinita lejanía, es tan bella como Venus o Júpiter en una noche serena.

Pero, no es sólo desde la lejanía que la tierra es bella. Lo es desde aquí mismo. Lo es en la vecindad y en el dulce horizonte que contemplas. Todos los días ves aparecer el sol por ese horizonte. Y así ves todos los días la más grande maravilla: el nacimiento del sol. El sol surgiendo de la bruma. El sol, como un ángel del Apocalipsis, rasgando las tinieblas de la noche. ¡Qué prodigio! Asistes al movimiento sideral de los astros. Cuando tú vas a las ferias permaneces un rato contemplando el tío vivo que gira al son de la música llevando en sus caballitos a los alegres niños. Pero, ¿qué es ese tío vivo de la feria al lado de este gigantesco y misterioso tío vivo de la tierra y el sol girando en el espacio insondable! Insondable, digo. ¡Palabra misteriosa y terrible! ¿Dónde está el fondo del espacio? ¿Del espacio, que de tanto ensancharse deja de ser espacio y se pierde, como el tiempo, en la eternidad?

Estamos en la tierra, pero estamos en los linderos de la Eternidad. Estamos en el firmamento, como las estrellas. Estamos en el espacio insondable en cuyas lejanías el tiempo ya no es tiempo. Todo esto tú lo alcanzas a ver y a comprender desde la tierra que es tu astro sideral y desde este rinconcito de quietud que es el escondedero de tu corazón. ¡El escondedero de tu corazón! Sí; donde el corazón se esconde para poder vivir su vida. Para ponerse cerca de la tierra. Para sentir la tierra y amarla, lejos de la ciudad tumultuosa y trepidante. La tierra es asiento del hombre, peana de sus pies, pedestal de su gloria, madre nutricia y mirador en el infinito. Pero los hombres no aman ni reverencian las tierra porque no se paran a considerar estas cosas. La vida vertiginosa del siglo no permite estas consideraciones. Solamente el peregrino de la vida, el misionero del ideal, que se requeda en su rincón, al margen del estruendo de la calle, piensa en ello.

¡El escondedero del corazón! Donde únicamente se puede vivir la vida. La vida privativa, la vida única, la vida singular, extraordinaria, que a cada hombre le es deparada. Hablamos de oportunidades, del "chance", como dicen los americanos. Pero, ¿qué oportunidad hay más grandiosa que la vida misma? La vida es oportunidad de oportunidades. La vida es el cofre maravilloso donde están todas las oportunidades. ¿Por qué no elevamos la vida —esta vida que consideramos tan prosaica— a la categoría de lo que es: reina y madre de oportunidades; oportunidad ella misma, singular y grandiosa, como un astro en el infinito? Estamos a caza de oportunidades, de pequeñas ocasiones, mientras pasa inadvertida, descuidada, la máxima oportunidad, celeste y sideral, que es la vida.

Nos hemos apartado de la tierra y nos hemos apartado de nosotros mismos. Nos hemos apartado del escondedero del corazón. Y ahí, en ese escondedero, es donde únicamente somos nosotros mismos. Lo otro es "la calle", el tumulto, lo contrario de "mí mismo", la negación "mí mismo", el "no-yo", que diría Hegel. El escondedero del corazón es el escondedero del Altísimo, de que habla la Escritura. Allí está Dios.

*Luis VILLARONGA.*

San Juan, Puerto Rico.

# QUÉ HORA ES . . . ?

*Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.*

## El uso excecrable de "organización" como anglicismo

## En apoyo de Arpiel, con ciertas reservas

Por *Cristián RODRIGUEZ*

(Es un recorte de *El Diario de Nueva York*)

*New York, 4 de diciembre de 1948.*

*Mi muy estimado don Joaquín:*

*Como en alguna ocasión reprodujo en* Repertorio *algunos apuntes filológicos míos sobre la z, que alguien en la Argentina encontró interesantes y dicen que expresó el deseo de leer más observaciones por el estilo, le acompaño un artículo en condenación del uso, muy esparcido por cierto en Costa Rica, de la palabra* organización *en un sentido inglés, desde luego condenable, pues no faltan en nuestra lengua numerosos sinónimos y el empleo de ese término en sentido concreto es injustificable.*

*Ahora tenemos en Nueva York un periódico* El Diario de Nueva York, *un poco mejor escrito y de mayor número de páginas, y de cuando en cuando envío algún articulejo que es bien acogido en las columnas de dicho diario. Si le parece digno de reproducirse, siquiera sea por la reacción contra la conquista de nuestra lengua por la influencia anglosajona de las malas traducciones, puede hacerlo desde luego, y si quiere, como complemento, puede reproducir todo el comentario de* Arpiel, *quien sigue siendo una incógnita. La referencia en mi artículo al* ya *de Darío tiene que ver con una crítica al parecer atinada sobre el empleo incorrecto del adverbio* ya *por parte de Darío en el pasaje del famoso poema* Lo fatal:

"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
y más la piedra dura, porque esa *ya*
[no siente..."

*pues pareciera dar a entender el poeta que las piedras sintieron en alguna época pasada y han dejado ahora de sentir. Algunos comentaristas sostienen que Darío, fuera de usar del privilegio de la licencia poética, empleaba el susodicho* ya *en el sentido de* que ni siquiera sienten, *o* que no alcanzan a sentir, *en lo que no ha sido ni el primero ni el último en alargar el significado del adverbio, dándole otro matiz. La observación es interesante y quizás* Arpiel *tiene razón, como la tuvieron los que señalaron un error de botánica en la hermosa oda de Bello a la Agricultura de la Zona Tórrida. Algunos de los críticos de* Arpiel, *sin la preparación de éste en gramática, arremetieron duramente contra él, con la conocida canción de haber cometido un sacrilegio al atreverse a hacerle reparos a Darío. Por supuesto que mucha parte del criterio purista se debe a demasiado gramaticalismo y poca comprensión de la evolución del idioma, especialmente en sus aspectos semánticos, que ahora se están estudiando con mejor conocimiento de causa y que han dado en gran parte lugar a la novísima disciplina que llaman estilística, invento alemán o francés. El idioma no es hechura de lógica ni de orden y como cosa más bien orgánica está lleno de inconsecuencias y contrasentidos. Muchas de las palabras fundamentales del idioma, que nadie se atrevería a discutir, han venido a adoptarse mediante un complicado proceso en el que con frecuencia interviene un recurso retórico muy común, de tomar la parte por el todo. La palabra* hígado *que aparece con algunas variantes en todas las lenguas romances* (fegado, *en italiano;* fígado *en portugués;* foie, *en francés, etc.), no se deriva de la correspondiente raíz latina ni griega* (jecur *o* hepar), *sino del modo que los latinos tenían de sazonar esa víscera con higo* (ficus), *de modo que fué el adjetivo* ficatus *el que le dió su origen, tomando una modalidad de la cosa por la cosa misma. Igual ocurre con las dos raíces de que se han derivado en las lenguas neolatinas los términos* queso *(*queijo, *portugués; y en las lenguas teutónicas,* Kase *en alemán y* cheese *en inglés), de* caseus. *En cambio el italiano, el francés y el catalán tienen respectivamente las formas* (formaggio, fromage *y* formatge) *derivadas también de un adjetivo,* formaticus *(caseus formaticus), es decir, cuajo o requesón moldeado en el cincho. En Italia la palabra culta es* fromaggio, *pero el campesino sigue empleando como vulgarismo el término derivado del latín,* cacio. *Los estudios semánticos no pueden menos que ampliar el criterio de los gramaticistas. La misma ciencia de la etimología estaba llena de falsas etimologías, y fué preciso que un filólogo germánico, Meyer Lübke, nos enseñara a los latinos la verdadera derivación de muchas voces.*

*El artículo salió con algunos errores tipográficos que he corregido en el recorte que le envío. Quizás más adelante me atreva a enviarle colaboración directa. La edad y la no muy buena salud (dicen que tengo un poco afectado el corazón y algo de alta presión) me obliga a aflojar en mi trabajo profesional de traductor con que me voy ganando la vida, y al disponer de un poco de más tranquilidad encuentro algún esparcimiento en el estudio, sin fatigarme. Ahora estoy repasando los clásicos latinos, pero no los de la edad de oro, que ofrecen más dificultad, sino los autores posteriores, que aunque no tienen la pureza ciceroniana, escriben en un latín menos lleno de trasposiciones y con un orden de las palabras más parecido al de las lenguas modernas, como San Agustín. Claro que mi conocimiento del latín es muy deficiente para poderlos leer a pulso y puedo decir, como decía Clarín, que traduzco a los clásicos directamente del francés. En efecto hay ahora en Francia un renacimiento en la postguerra de los estudios clásicos griegos y latinos que antes eran muy difíciles de conseguir, como las* Noches Aticas, *de Aulo Gelio, las obras del africano Apuleyo, que escribió sin embargo en latín (*Asinus Aureus*), Ausonio, Tácito, Tibulo, Plauto, Marcial, Suetonio, Livio, Boecio, San Juan Crisóstomo, etc. Se ha publicado una nueva traducción del* Satyricon, *de Petronio, precursor de la picaresca española. En esto los franceses andan mejor que los ingleses, pues las traducciones al inglés, por ejemplo, del* Asno de Oro *y del* Satiricón, *fueron hechas hace ya siglos y resultan ilegibles o por lo menos fatigosos de leer en un estilo que no sea el moderno. De los clásicos griegos se han publicado recientemente en francés nuevas y notables traducciones, inclusive de Hesíodo, Homero, Títiro, Diógenes Laercio, Jámblico, Pausanias, los trágicos griegos —Esquilo, Sófocles y Eurípides— y el cómico Aristófanes, lo mismo que de Herodoto, Tucídides, Platón y Aristóteles, aunque estos últimos pueden leerse en inglés en magníficas traducciones. Han empezado a reeditarse las obras de Renán. Por aquí he visto a dos amigos suyos que hacen buenos recuerdos de usted, el Dr. Eduardo Santos y la Doctora Amanda Labarca. Esta última dará esta noche una conferencia en una velada organizada por un grupo de mujeres, en su mayoría costarricenses, el Club Fémina, en el que toma parte activa mi señora.*

*Tal vez cuando se tranquilice un poco más el país haga otro viaje por la tierra.*

*Le abraza muy afectuosamente, entre tanto, su afmo.,*

*Cristián RODRIGUEZ.*

*

Aún a riesgo de parecer salero de toda mesa, voy a permitirme echar mi cuarto a espadas sobre el problema de la expresión correcta, de que con tan singular maestría viene ocupándose el docto señor *Arpiel*. No sé si, como parece probable, su nombre es un seudónimo o en realidad su apellido. Mucho se ha especulado entre los lectores acerca de la identidad del escritor, sin que se haya logrado determinarla a ciencia cierta, y muchas de las conjeturas que al respecto se hacen siguen el procedimiento de eliminación. Así, por ejemplo, se afirma con absoluta seguridad que no se trata de Betancourt (Dmitri Ivanovich), que podría muy bien ser el autor de las apostillas, dado el pasmoso acervo de doctrina gramatical de éste, pues el poeta y prosador colombiano no vive ahora en Nueva York. Tampoco es Navarro Tomás, ya que Arpiel mismo conviene en apelar al eminente filólogo y fonetista español para dirimir el asunto del *ya* de Darío. Pudiera ser, dicen otros, el doctor Fonseca, persona de gran cultura clásica y cultor purista del idioma, de mucha doctrina; pero se arguye que aunque gramático, Arpiel demuestra cierta vis humorística, que no parece ser una de las carac-

terísticas del erudito cubano. Mas sea quien fuere el incógnito escritor, que asegura no ser profesor ni haber jamás pisado (sic) una cátedra, es lo cierto que su labor es utilísima, especialmente en este medio, donde la falta de constante comunión con nuestra lengua materna hace que inconscientemente nos vayamos plagando de toda clase de solecismos, expresiones anglicadas y vocablos que o bien son palabras inglesas transliteradas al español (*elevador, factoría*) o que tienen en español un sentido diferente del de la corriente voz inglesa (*argumento, versatilidad, discriminación*).

Me llama precisamente la atención que el señor Arpiel, en uno de los pasajes periodísticos que censura no haya reparado, para condenarlo, en uno de los más odiosos delincuentes contemporáneos que aparecía en el párrafo que él citaba. Me refiero al vocablo "organización" empleado como substantivo concreto, y equivalente de *organization*, en inglés. La boga de *organización* en tal sentido, que es desconocido en español, en el cual significa simplemente acción y efecto de organizar, u orden y disposición de las cosas, mientras que ahora se le quiere emplear como sinónimo de organismo, entidad, empresa, institución, etc., como en inglés, ha cundido en toda la prensa de habla española con la voracidad de una conflagración, sin que nadie se haya atrevido a protestar en público contra ese imperdonable servilismo hacia el idioma inglés y ha llegado a contaminar otras lenguas latinas (*organisation*, en francés, *organizzazione*, en italiano, y *organizacao*, en portugués). La emplean en su nuevo e incorrecto sentido peninsulares de la talla de Luis Araquistain y otros astros menores, y en la América son contados los que resisten a la obsesión de sacarla a misa en la conversación lo mismo que en los escritos. Se han fundado en Méjico, la Argentina y otros países sudamericanos un sinnúmero de sociedades comerciales bajo la razón de "Organización Comercial...", como si al fundarse no se hubieran ya organizado. En ese sentido condenable la palabra viene usándose cada vez con más frecuencia en los últimos años, pero su calamitosa adopción, con visos de autoridad, culminó con ocasión de la creación de la sociedad de las Naciones Unidas, para la que se escogió como feo título en inglés el de *Organization of the United Nations*, que puristas angloamericanos, como el lexicógrafo Vizetelly, habrían sin duda rechazado. Vizetelly, a fuer de lexicógrafo, se vió obligado a consignar en el *Standard Dictionary* el término *organization* en su acepción extensiva, no sólo de acción y efecto de organizar, sino también de *lo que se organiza*, que en este último sentido fué en un tiempo no muy lejano un neologismo en la lengua inglesa misma. A las reuniones que precedieron a la fundación de las Naciones Unidas asistieron oficialmente técnicos de toda clase, menos gramáticos ni filólogos. Si hubiera ocurrido lo contrario ningún representante hispanoamericano aficionado al buen decir habría aceptado esa barbaridad de *Organización de las Naciones Unidas*, que choca tan violentamente contra el espíritu del idioma.

Y no es que seamos adversos a los neologismos, cuando son necesarios. ¿No aceptamos todos sumisos palabras como *detector*, en radiotelefonía? El vocablo inglés tiene como antecedente el verbo *to detect*, que carece de voz correspondiente en español. Sin embargo, al adoptarse en español el neologismo *detector* tampoco se ha desviado la lengua de la tradición etimológica, pues el verbo *detect*, en inglés, según el etimólogo Skeat, se deriva a su vez del latín *detectus*, participio pasivo de *detegere*, que vale descubrir, distinguir, averiguar, exactamente como en inglés, y su sentido encaja muy bien con el órgano que sirve para distinguir las modificaciones que al trasmitir se introducen en la onda portadora. Algunos neologismos adoptados en Méjico y Centro América, como *clorinación*, son en cambio inadmisibles, pues esa palabra, que es transcripción de *chlorination* mal puede tener esa forma. En inglés *chlorination* está bien, pues se deriva de *chlorine*, el gas cloro, pero en español el nombre de este halógeno no lleva el aditamento de ninguna ene. En lugar de *clorinación* debe decirse clorificación o cloración.

"SELECTA"
La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

He coleccionado, contra mi costumbre, todos los artículos de Arpiel hasta ahora publicados, todos los cuales son interesantísimos, y pienso seguirlos recopilando. ¿Quién, si no es el señor Arpiel, puede darle a uno el capítulo y el versículo en que la Academia estatuye que *inmiscuir* debe conjugarse de manera especial, contra las leyes de la analogía, por razón de su tierna edad o no sé qué otros motivos? Sin embargo, muchos dirán *e pur si muove*. Seguirá diciéndose *me inmiscuyo*, en lugar de *me inmiscuo*. ¿Hasta qué punto tiene la Academia la función de legislar, y legislar caprichosamente? De todos modos, ¿cuánta lectura de textos poco accesibles le ahorran a uno escritores como el señor Arpiel? Por eso me duele que se le lastime, en vez de aplaudir y estimular su labor, como lo merece. Es claro que a veces no concordamos con su criterio en materia de purismo, pero ello no resta mérito a sus consejos e indicaciones. El precedente de tal o cual uso, basado en los clásicos, no puede ser siempre convincente, ni puede el pasado seguir dictando las pautas del porvenir. Las lenguas varían constantemente en muchas de sus particularidades, especialmente en cosas tan deleznables y tornadizas como el régimen de verbos, que no puede ni debe ser sacramental. Las lenguas son ante todo instrumentos prácticos de expresión, de comunicación y deben ser de fácil manejo, al alcance de la gran mayoría de las personas medianamente educadas. De otra suerte se convertirían en algo hierático, como la lengua de los *literati* chinos, que pasan toda la vida estudiando los textos de la antigüedad clásica china y que mueren sin haber llegado a adquirir un conocimiento cabal de los mismos. Si uno tuviera que consultar los clásicos o la gramática cada vez que escribe algo, para conformarse a sus cánones, no podría escribir siquiera una carta a la familia, y el redactar en español sería tarea tan ardua y tediosa como poner en clave un mensaje telegráfico. Por eso el español de los puristas es una lengua hermética y poco menos que desconocida. Uno de los escritores que con más atildamiento han escrito el romance fué don Juan Valera, y dice Cejador que de una sola página de don Juan entresacó más de diez palmarios galicismos. Y si ello le ocurre a un académico de tantos quilates, ¿cómo podríamos nosotros, pobres hijos de vecino, pretender hablar o escribir con arreglo a los dogmas del purismo? Además, conforme avanzan los tiempos y crece más la malicia las cosas se van complicando, por no poderse hallar precedentes en los clásicos. Muchos de los mejores escritores decían hasta hace unos cincuenta años, *bajo el punto de vista*, y alguien con más lógica dió en la flor de decir *desde el punto de vista*, y la lógica, como un excepción, se ha impuesto en el idioma. La Academia condena que se diga, por ejemplo, *con o sin razón*, debiendo decirse *con razón o sin ella*, casi en verso. ¿Qué principio dentro del genio del idioma viola la primera de esas formas? Son muy pocas las personas cultas que siguen la regla académica. En cambio, cuando alguien dice *por cuyo motivo*, o *por cuya Inés la flor de aquel lugar* (argentinismo vulgar) hay razón para que los gramáticos fustiguen al que comete ese solecismo, pues *cuyo* conserva en español el sentido de *cujus* en latín. Los sabios que se ocupan en la fisión del átomo, si son de habla española, tendrían que ejecutar esa tarea sin musitar palabra, porque los diccionarios de la lengua no registran la palabra *fisión*. La que más se acerca por su sentido y etimología, como *fisura*, no satisface, porque tiene otras connotaciones en anatomía (surco) o en mineralogía (hendedura). Los físicos que tienen que escribir sobre nucleónica en español se han visto obligados a usar la palabra fisión, sin consultar a la Academia. Tampoco acatan a la Academia ni a los gramáticos los químicos, que a pesar de haber la docta Corporación decretado que las substancias químicas contenidas en las secreciones internas de las glándulas endocrinas deben llamarse *hormones*, masculino y con *e*, siguen llamándolas invariablemente *hormonas*, femenino y con *a*. Además algunas de las definiciones de términos científicos del Diccionario, como fermento o enzima, según observa el eminente bioquímico, doctor José Giral, están anticuadas o son incompletas. Y ¿qué decir del nombre de los gases nobles, como el argón y el neón, que el Diccionario de la Academia llama en sendos artículos *argo* y *neo*, y en otro ar-

tículo en que se citan los mismos elementos consigna el texto de la definición los términos argón y neón, sin acordarse de que no los registra como artículos principales en esa forma?

El purismo resulta imposible de practicarse y el excesivo celo de los puristas constituye más bien una rémora que un estimulante para el progreso del idioma. Aun suponiendo que fuera un desiderátum, ¿cómo podría alcanzarse a menos que se consagrara toda una vida octogenaria a aprender las reconditeces del idioma, con inevitable descuido de los demás ramos del saber, que son tanto o más importantes que la supuesta corrección absoluta? La lectura de los clásicos no aprovecha al gran público, pues habría que ser un Clemencín, un Rodríguez Marín o un Menéndez Pidal para poder llegar a conclusiones filológicas útiles. De lo contrario no hace más que embrujar al estudiante. ¿Podríamos hablar, como lo hacía constantemente Cervantes, de que "se hace" una colina, por decir que hay en cierto paraje una colina? La lectura de los clásicos, como decimos, es un elemento de confusión para la gran mayoría de los estudiantes, no sólo de la lengua española sino también, respectivamente, de la inglesa, francesa, etc., y por eso, Henry Sweet recomendaba que en el estudio de las letras se invirtiera el orden que se adopta comúnmente en las escuelas, de estudiar los clásicos antes que los modernos y contemporáneos. Siguiendo este consejo el estudiante se familiariza con el lenguaje de su tiempo y luego, cuando tiene una buena base y un extenso acopio de dicciones de uso corriente, y el estudio de las formas anticuadas y de los arcaísmos no puede producirle una lamentable confusión, puede estudiar no sólo a los autores de la Edad de Oro, sino también al Arcipreste, las Partidas, Berceo, el Poema del Cid e item más, la Cartapuebla de Avilés y el Fuero Juzgo, si lo desea.

Para concluir, repito que lo expuesto representa mi punto de vista y que no por no coincidir en todo con las opiniones del señor Arpiel dejo de apreciar lo útil e importante de sus acotaciones.


JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)



Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía


## La expresión correcta

Por *ARPIEL*

(En *El Diario de Nueva York*).

Empiezo mis anotaciones de este día por anunciar a mis amables lectores que *El Diario* ha recibido un interesante trabajo de don Cristián Rodríguez, cuyo título "En apoyo de Arpiel, con ciertas reservas", es suficiente para que queden enterados del tema que lo informa.

Por lo que a mí toca, nunca pensé que estas humildes notas fueran a ser motivo de comentarios tan lisonjeros; de suerte que me siento orgulloso de la opinión de un hombre como el señor Rodríguez, que es todo un escritor, un hombre que tiene la cabeza no sólo para ponerse el sombrero, como decimos en mi tierra, sino para lo que Dios nos la dió principalmente, o sea, pensar. El señor Rodríguez me pone por las nubes, al extremo de que no quepo dentro de mí mismo. Sus suposiciones acerca de la identidad de este humilde servidor me desconciertan. ¿Yo Dimitri Yvanovich, Navarro Tomás o el docto señor Fonseca? Me busco y no me encuentro, exclamo, como alguno de los inmortales de la Academia Española el día de su recepción en la Ilustre Corporación. Ahora sí va a ser verdad que voy a tener que ocultarme tras mi trinchera de *Arpiel*, pues el descubrimiento podría dar lugar al desengaño. Al señor Rodríguez, muchas gracias.

En cuanto a los lectores, van a tener que esperarse unos días para disfrutar del regalo del señor Rodríguez, pues además de ser el trabajo largo y no ser suficiente el espacio de la *Tribuna Libre* para contenerlo, queremos hacerle todos los honores y, al efecto, se ha dispuesto que íntegro se publique el sábado en nuestra Página Literaria, como se lo merece.

Acerca de las reservas del señor Rodríguez, las encuentro de primer orden y, aunque parezca una inconsecuencia, participo de ellas. Creo, y así lo expuse oportunamente, que las lenguas son entes vivos, en perpetua evolución, en continua marcha, que, de estacionarse, morirían como medio de comunicación. Pero mientras podamos conservarlas en su esplendor e integridad debemos hacerlo, doblegándonos sólo cuando otra cosa no sea posible. Es indiscutible, que nuestro modo de hablar ha variado enormemente no sólo en relación con el Siglo de Oro, pero aun con la manera de expresarse a todo lo largo del Siglo XIX. Mas, comparando nuestro modo de hablar con el de esos tiempos, cuántas cosas bellas hemos perdido. Entonces el idioma era cosa de arte de orfebrería, que se trabajaba con arte. Sobre todo, en lo que respecta al uso de las preposiciones y al régimen de los verbos la pérdida es de consideración. Con esa partícula, al parecer tan insignificante, nuestros abuelos del idioma hicieron primores de elegancia y de estética. ¡Cuántos bellos y ondulantes giros se les deben y cuán variados! Nosotros hemos limitado su uso circunscribiéndolo en ocasiones casi a un solo modo de expresión.

Y pongo punto, porque sería de nunca acabar. Me siento estimulado y prosigo mi obra con esa emoción.

Para terminar, una palabra a don Cristián Rodríguez en relación con su crítica sobre el uso impropio de la palabra *organización*. ¿No le parece, don Cristián, que hubiera quedado mejor decir *Corporación de las Naciones Unidas?* Es una palabra noble. *Docta Corporación* se le dice a la Academia Española.

## La agonía de la clase media

(En *El Tiempo* de Bogotá, setiembre 24 de 1948).

Un viejo amigo mío, publicista español, de quien hoy me separan las ideas más todavía que el mismo océano, ha escrito un artículo que, a través del Atlántico, ha acabado por llegar a mis manos. Y, por esta vez, sí estoy de acuerdo con Eugenio Montes.

He aquí el tema de ese breve ensayo: la gran creación social de nuestra civilización de Occidente ha sido la clase media. Ella es la que ha dado a nuestro mundo, desde la Grecia clásica hasta el siglo XIX su característica finosomía, su estructura económica y política.

Aristocracia, la tuvo ya el antiguo Oriente. "La verdadera gran nobleza del mundo es indostánica, china, persa o etíope, no europea", nos dice Montes. "Pues realmente, como aristócratas, los Montmorency o los Lemos, ¿qué son, comparados con los sátrapas persas o los marajás hindúes?"... Sí, poca cosa. Pienso yo ahora, por mi parte, en ese Nizam de Hidera-

bad, quizás el hombre más rico de la tierra, que acaba de entregar su reino, o en ese Aga-Kan, obeso y opulento, un dios a quien sus fieles le ofrendan lo que pesa en piedras preciosas.

Si los viejos imperios orientales tuvieron aristocracia, también tuvieron proletariado. "Tampoco al Oriente le falta pueblo, lo que se dice pueblo"...

Lo que no conoció es una verdadera clase media. Cabe decir que ésta nace en Grecia. Persia, el último imperio oriental, fué por fortuna "vencida por la ágil clase media ateniense ("mesoi"), en la centelleante carga de Maratón y en la bahía de Salamina"... "Por eso la hermosa voz de Eurípides canta a la clase media como la más viva representación y esencia del helenismo".

Pero me parece necesario que, antes de comentar esa apología de la clase media, empecemos por tener de ella un concepto exacto, una clara definición. La clase media es mucho más de lo que por este término suele entenderse. Abarca una zona muy amplia de la sociedad. No es un escalón subalterno de las clases altas, ni una situación intermedia equívoca que deba mirarse con criterio deprimente. Nada de eso. El hombre de la auténtica clase media, ni envidiado, ni envidioso, puede enorgullecerse de su hidalga condición, consciente de que, si arriba hay otras más brillantes, y otras abajo más exigentes y combativas, no existe ninguna más digna en la comunidad nacional.

Primer rasgo para nuestra definición: el hombre de la clase media es un trabajador. Segunda nota: trabaja con la inteligencia, no con las manos. Así, pues, no forman profesionalmente parte de la clase media, ni el obrero manual, ni el rico capitalista que se lucra con el trabajo ajeno, ni tampoco el individuo ocioso, que es un sujeto sin clase.

La clase media, estamento de trabajadores intelectuales, es, más que otra alguna, promotora y depositaria de la cultura. Abarca desde el doctor en derecho o en medicina, desde el profesor, el ingeniero, el militar o el gerente, hasta los modestos funcionarios técnicos y los empleados de las oficinas públicas o privadas. El mercader tras el mostrador de la tienda de la esquina, o el pequeño propietario rural, "con cuatro cepas y dos yugadas de tierra", como Don Quijote, son también elementos integrantes de la clase media.

Ahora bien: esa clase media está en crisis, y la crisis de la clase media constituye uno de los fenómenos sociales más importantes de nuestro tiempo. La clase media vive mal, se sostiene con dificultad, se halla descontenta, resulta siempre la víctima en la lucha entre la plutocracia decadente y el ascendente proletariado.

"Si agoniza la clase media, se muere Europa", es cabalmente el título del artículo de Eugenio Montes. No sólo Europa, toda nuestra civilización occidental está en trance de perecer con la agonía de la clase media.

Nuestra civilización occidental, como tantas veces se ha dicho, se basa en el respeto a la personalidad individual, en la libertad y en ese conjunto de creencias y sentimientos que, dando a la palabra su sentido más amplio, podemos llamar el humanismo. Todo ello es especialmente propio del hombre de la clase media. El es la personalidad humana independiente, que ni tiene amo, ni tiene siervos. Ni explotado, ni explotador. Trabaja por su cuenta y vive de su propio trabajo.

Por eso, el amor a la libertad es tan característico de la clase media. Ahora que ésta agoniza, la libertad se eclipsa en el mundo. El liberalismo nació con la clase media y morirá con ella. El hombre que pertenece a esa clase, cualquiera que sea el partido en que milite, es, en el fondo, un espíritu liberal, lo mismo que el plutócrata es reaccionario y el obrero es socialista.

Fué la clase media la que hizo la revolución francesa. Por eso, al proclamar en la famosa Declaración "los derechos naturales e imprescriptibles del hombre", señala como el primero la libertad y como el segundo la propiedad. Las revoluciones proletarias vinieron después. El Estado Soviético que, en favor de un inmenso proletariado y de una autocracia gobernante, ha eliminado la clase media independiente, liberal y humanista, tiene poco que ver con la cultura de Occidente. Es una fórmula política típicamente oriental.

La solución inglesa ha sido muy distinta. El laborismo, que contaba con los votos obreros, ganó en las elecciones y llegó al poder cuando, al final de la última guerra, conquistó además los sufragios de la clase media. Herbert Morrison, en declaraciones que hizo como lord presidente del consejo, proclamó el especial interés del gobierno laborista por el porvenir de las clases medias. "Ellas que ayudaron la grandeza de esta patria en el siglo XIX —dijo Morrison— pueden mirar hacia adelante con plena confianza, en la seguridad de que habrán de alcanzar un importante y próspero futuro".

Pero en el continente europeo la situación es mucho menos halagüeña. Así, por ejemplo, el profesor Sauermann, de la Universidad de Francfort, opina que asistimos a la desaparición de la clase media alemana, la cual "se basaba en la propiedad, que ha sido destruída; en el comercio, que ha cesado; en la educación superior, que ha quedado casi extinguida"...

Sin embargo, sobre las ruinas de Alemania y las de Europa, si nuestra civilización se ha de salvar, cabe esperar un resurgimiento de la clase media, especie de "tercera fuerza" de la que no puede prescindir la cultura. Precisamente, el mismo progreso material de nuestra época, el desarrollo de la maquinaria, como apuntaba Herbert Morrison, irá reduciendo cada vez más la necesidad del fatigoso trabajo manual y aumentando, en cambio, la importancia del trabajo intelectual, técnico, científico, especializado.

Opinaba Platón que el individuo era un Estado en pequeño así como la República era un hombre en grande. La clase media es la que encarna el ideal platónico de eliminar a aquellos dos enemigos que el filósofo ateniense consideraba como los mayores de toda República: la opulencia y la miseria.

*Luis de ZULUETA.*


**AHORRAR**

**es condición sine qua non de una vida disciplinada**

**DISCIPLINA**

**es la más firme base del buen éxito**

LA SECCION DE AHORROS del

**BANCO ANGLO COSTARRICENSE**

**(el más antiguo del país) está a la orden para que usted realice este sano propósito**

**AHORRAR**


---

*Coronado 24 de marzo de 1949.*

*A Joaquín García Monge.*

*Desde mi lecho de enfermo ruégole expresar mi pesadumbre por no poder asistir a la recepción del Rotario en honor de don Federico de Onís, por quien siento alto aprecio y admiración. Afmo. amigo,*

*Ricardo FERNANDEZ GUARDIA.*

---

*La Unión Panamericana ha publicado un interesante estudio titulado "PLANTAS MEDICINALES DE REGIONES TROPICALES Y SUBTROPICALES". (Publicación Agrícola Nos. 154-158).*

*Este folleto se distribuirá gratuitamente y los interesados pueden solicitarlo a la Oficina de Agricultura y Conservación, Unión Panamericana, Washington 6, D. C.*

*Noviembre 8, 1948.*


**ANTONIO URBANO M.**

**"EL GREMIO"**

**TELEFONO 2157**
**APARTADO 480**

**Almacén de Abarrotes al por mayor**

**San José — Costa Rica**

# Adiós al Buen Borincano

Por *Sergio P. ALPIZAR*
(En el *Rep. Amer.*)

I

La vida de un periodista del pueblo está siempre salpicada de cosas trascendentes. No hay tiempo ni lugar para pensar en sí mismo. Es una entrega total y definitiva a la existencia que bulle y se agita a su alrededor. No puede haber espacio para lo que no sea la palpitación afiebrada —que no admite espera— de los hombres en pugna perenne por un mejor vivir, por la quiebra de los grilletes que le estorban el paso alígero hacia senderos de elevada trasmutación redentista. En el constante, ininterrumpido bregar de una Redacción, en ese flujo y reflujo agitado de hombres y de cosas, el pensamiento, como dardo acerado, se clava en el blanco de la distante lejanía, pasa revista en disparado tránsito a hechos y acontecimientos, vinculando sus íntimas y conexas relaciones. Todo ello irá después al hombre y la mujer, a la masa anhelosa de nutricio saber, en un estrecho sístole y diástole de mutuas enseñanzas.

En esa Redacción, donde pertenecer es honroso timbre de privilegio, tuve la emoción inolvidable de conocer al Buen Borincano. Venía de New York, la Babel de Yanquilandia, con los ojos encendidos de profunda inquietud. En su mirada se advertía la honda huella de una inextinguible llamarada de tragedia sin dimensión. En el rostro se reflejaba, con precisos contornos, la sombría nube de la pesadumbre, de un hondo dolor largamente contenido. Llevaba aún a flor de labios la amarga coyunda del desterrado, la sed inextinguible del patriota proscrito por los esclavizadores de su entrañable Borínquen. Lentamente, con voz pausada, entrecortada por los recuerdos punzantes como darnos de fuego, me relató su historia, la noble y hermosa Historia de su existencia. Yo la relato ahora con muchos e inéditos episodios que manos amigas pusieron en mis manos sin que él lo supiera.

El Buen Borincano abrió sus ojos en Ciales, atalaya de montañas retadoras. Tras de los juegos de la infancia, en las veladas familiares, fué sabiendo que había nacido en país esclavizado, en cuyas escuelas estaba ausente la enseñanza de la Historia patria. Supo de labios de su padre y los viejos patriotas, que Puerto Rico había tenido épocas de orgullosas jornadas por la libertad. Que en el lejano 1868 los mambises se alzaron en la tierra legendaria de Lares para conquistar a filo de machete la independencia, frustrada en la derrota de El Pepino. Aprendió entonces que Puerto Rico había dado a la vida hombres insignes e iluminados de titánica talla: Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances, eternos peregrinos de la Libertad. Supo de la heroica muerte de El Leñero, Capitán de Lares, mártir de la liberación nacional.

II

Desde entonces al Buen Borincano se le clavó en el pecho, muy adentro, una inquietud que nada ni nadie sería capaz de extinguir... La primera lección de patriotismo y dignidad había encendido la llama inapagable del anhelo redentista. Y cuando adolescente, en el instante que el hombre nace al mundo con impulsos risueños, el Buen Borincano no podía reír agobiado por el dolor de un hombre sin patria.

El alba de la vida le sorprendió en la árida brega por la libertad. Cuánta extrañeza hubo de despertar a todos aquel muchacho, a quien apenas despuntaba el bozo, inclinado largas horas sobre abultados libros, ensimismado en profundas meditaciones, en soliloquios febricentes. Dialogaba con Hostos en la *Peregrinación a Boayoán*, y con Betances a través de los senderos de su prosa candente, áspera y aguda como hoja de acero; y también con José Martí, el guiador profético, artífice burilador de los *Versos Sencillos*, carne palpitadora de su tierra guajira. Aprendió con Antonio Maceo que "los derechos no se mendigan: se conquistan con el filo del machete"... Y con Martí, a conocer el pleno sacrificio personal para ofrendarse en plenitud a su pueblo. Hostos le templó el ánimo en la apostura ejemplarizadora del incesante batallar, sin aspirar a mayor recompensa que el recuerdo perennemente agradecido de los hombres del pueblo. Asimiló del jíbaro la entereza en el sufrir intenso de la adversidad, la sobriedad y sencillez de la palabra y el juicio profundo, sin adornos equívocos.

*Juan Antonio Corretjer*

Con el rico bagaje se fué por los caminos de Borínquen a decir los anhelos de la patria oprimida, del hombre atado a la cadena del suplicio, sin horizontes de justicia. Armado caballero andante del patriotismo, estuvo desfaciendo entuertos, enfrentado a los poderosos molinos de viento del imperialismo yanqui. La treintena novecentista le encuentra en la tarea ardorosa de reclamar la Independencia para su Borínquen. Eran los tiempos trágicos y sombríos de la gobernación del General Winship, señor de horca y cuchillo. A la solicitud patriota borincana respondió el Mayoral yanqui segando a tiros de ametralladora las vidas florecientes de los mártires libertarios. Fué un vendaval de muerte y espanto que enrojeció las calles y plazas de Borínquen. Acusado de conspirador —¡grande crimen el de luchar por la libertad!— el Buen Borincano fué sepultado en la mazmorra de Atlanta como preso de común delito, acompañado por los derelictus que arroja la pleamar del capitalismo norteño.

En aquella ergástula sufrió afrentosos vejámenes, trabajos de forzado, capaces de aniquilar a un hombre en corto tiempo. Aunque no sin quebranto, la espléndida constitución montañesa del Buen Borincano le salvó de la ruina definitiva, tal como maliciaran sus verdugos. Cierto día le sacaron de la prisión, pero ahí no terminaban los suplicios. Una tortura moral, aún mayor si cabe, se le imponía. Tendría que residir forzosamente en New York para cumplir el resto de la condena de siete años, estrechamente vigilado como criminal peligroso. Pero así como antes en el encierro no pudieron doblegar su recio temple los afrentosos tratamientos, ahora tampoco pudieron hacerlo. No claudicó un instante —pese a tentadores ofrecimientos de soborno; no arrió el estandarte independentista en sus manos sin temblores cobardes, sino que lo alzó aún más tremolante y señero, batiéndose de nuevo, como ayer, con los poderosos molinos de viento de la ficción democrática norteamericana.

III

Desde las páginas valientes de *Pueblos Hispanos* reemprendió la batalla inconclusa por la tormenta del 36. Ya entonces una nueva y fúlgida conciencia se había hecho carne en su existencia. En las interminables y desveladas noches de Atlanta pasó acuciosa revista a los acontecimientos pasados y encontró fallos sensibles y negativos procederes. No le invadió el pesimismo derrotista, no se dejó atrapar por las malas del desgano y la desilusión. Tuvo presente en las pupilas la imagen de Hostos predicando su apostolado hasta la misma hora de la muerte en tierra extraña, y la de Betances, llamando a la pelea con el último aliento del estertor agónico.

Los hombres hacen la Historia, pero esta Historia puede sar varia y distinta de acuerdo con el enfoque con que sea dirigida... El impulso Nacionalista había sido gallardo empuje y viril apostura, pero no era este el salvador camino que exigía la salvación puertorriqueña. Ni el personalismo egotista trasnochado, ni las actitudes sectarias excluyentes podrían constituir el sendero de triunfo. El Buen Borincano supo de Marx y Lenín que el proletariado, unido al campesino, era la fuerza motriz y dinámica capaz de mover hacia adelante el motor de la Historia. Aprendió que los movimientos populares tienen su instante de flujo y reflujo, de avance y retroceso, y que, a veces, por un paso adelante hay que dar dos hacia atrás. Esta batalla urgía guiadores de pulso firme y nervios acerados, timoneles resueltos y sapientes que llevaran hacia puerto abrigado, sin estrellarlo sobre arrecifes y escolleras, la nave popular. Así supieron hacerla Lenín y Stalin en la creación del gran Estado Socialista, donde está ausente la explotación del hombre por el hombre, donde los medios de producción corresponden a la colectividad en progreso creciente, liberada de los zánganos capitalistas que estorban el trabajo creador de la colmena proletaria.

Con un nuevo horizonte de plenitud marxista, el Buen Borincano reemprendió las sen-

# Raúl Andrade, pionero de la lengua

(En el *Rep. Amer.*)

En Raúl Andrade, autor de *Gobelinos de Niebla* y otros ensayos que encomió Fernando de los Ríos como obras maestras de nuestro idioma, hemos de encontrar dos fundamentales aspectos: la elegancia, la "nonchelance" de su sosegado ademán, y la sápida sustancia de lo que escribe primero para sí, por una suerte de autonutrición de belleza, y después para los públicos de América. Con su sosiego, ha viajado por las capitales americanas. Ha entregado su tarea de escritor y periodista agrio e irreductible a *El Tiempo* de Bogotá, *El Universal* de Caracas y su homónimo de México. Ha ido por las ciudades y pueblos del Continente en una suerte de trashumancia que no tiene prisa ni atuendo. Y por este modo ha logrado configurar su personalidad a punto de clasificarse entre los más claros, los más pulcros, los más tersos, los más agudos, los más transparentes prosistas contemporáneos de Hispanoamérica.

Raúl Andrade viaja, ahora, a España. Representará a su país, Ecuador, en los achaques de cultura. Recogerá, naturalmente, toda la visión posible de lo que el falangismo deje ver. Pero, aunque el fenómeno universal del escritor sea la observación directa para entregar las conclusiones extraídas, y aunque en España sea la cuestión política —política de campanario —lo que apasiona a los observadores eruditos, en Raúl Andrade hay algo más profundo que lo ata pavorosamente al vientre peninsular: tocar tierra española, besar tierra española, meterse, por todos los sentidos, la verdad adorable y milenaria de esa Patria turbulenta e iluminada. Franco aparte, para Raúl Andrade lo importante es la España sola, desnuda, tangible. Si Raúl Andrade pudiese hacerlo, iría cerca de Francisco Franco y, con su varita nudosa, le cruzaría la cara aunque lo maten al día siguiente junto a las murallas. Empero, lo importante para Raúl es la España permanente. La que sobrevivirá a todos los gendarmes. La que sobrevivió a todas las injurias. La que pasará, rumbo al ideal, por sobre el cadáver de Franco y de todas las militaradas vituperables.

Es seguro que encontraréis en Raúl Andrade un si es no es de amargarura que se trueca dardo y centella; pero el dolor, la an-

*Raúl Andrade*

guración. Y hay un Tabor par cada angustia. El dolor —quietamente elaborado— insurge por las retículas de lo vital, y florece, y triunfa. Es así como el escritor deja dentro de sí mismo la materia primaria, la materia yacente, el residuo que corresponde a la "especie específica", y levanta sobre su obra exterior el producto, que es siempre esplendor y modelación. Que es —también— proximidad al arquetipo. Cuando no es arquetipo en sí mismo. Montaña es, en todo caso, la obra literaria, gustia humana, que suele desgalgarse por innúmeras vertientes, suele alcanzar la transfi-

sobre la que ha de renovarse a cada paso la pasión de un solo crucificado: la pasión del escritor, sangrante y lacerado, circuído siempre por la perpetua lumbrarada, por el inacabable y tormentoso destello de la Belleza que es, generalmente, para quien le arranca el velo, pavor.

El Ecuador litrario está cansado de escuchar los adjetivos que embadurnan la figura de los hombres distinguidos. El Ecuador literario —de veras literario— está cansado de la "cláque" con que se apoyan, entre sí, los cenáculos. El Ecuador literario —de veras literario— está cansado de los lechuguinos de las letras, de las pastosas figuras que tratan de detentar la dinámica artística bajo le égida de las sonrisas mecánicas y las voces gangosas de los taumaturgos. El Ecuador literario de hoy quisiera menos magia simuladora y más tangibilidad provechosa. Quisiera menos almanaques familiares y más publicaciones austeras. El Ecuador literario quisiera menos chillidos de la volatería letrada que anhela ubicaciones en las embajadas, y más libros sinceros, más revistas sinceras, más poetas que no ejerzan pirataje y desvalijamiento, más periodistas irreductibles, más profesores universitarios, más ensayistas desvinculados y probos. El Ecuador literario de hoy quisiera encontrar menos caparazón de crustáceos retóricos, y más, pero mucha más sustancia solidificada, más precipitado puro en la ética, mayor saturación de libertad y decoro en todos sus productos. Las lentejuelas y la morralla de los pierrots; el adorno colorinesco de los semidioses que resultan hombres-orquestas; esa suerte de bisutería con que complementa su tocado de arúspice el crítico de hoy, no pueden constituir la construcción fundamental, la materia ósea, pero ni siquiera los puntos referenciales sobre la autenticidad de una verdadera obra de letras. El adobo adjetivador o la actitud de ungimiento que ejercitan ciertos arúspices de la taumaturgia letrada, no son sino el episodio ex-

---

das difíciles de la liberación nacional verdadera. Los tiempos nuevos exigían nuevos procedimientos. Hacía ya largas décadas que la burguesía fuera la clase revolucionaria dirigente en Borinquen —y en todas partes—. Era la hora del proletariado, vanguardia directriz de la independencia, la etapa de la transformación democrática nacional y la definitiva socialista. Largo sería el camino intransitado, duros los sacrificios y renunciamientos, pero el Buen Borincano, como en la ya lejana adolescencia, no vaciló en tomar rectamente, sin desvíos, la ruta hacia la Tierra Prometida del Socialismo, al Canaán de un Puerto Rico florecido.

## IV

Estuve junto al Buen Borincano desde la misma noche de su arribo a La Habana. Aquel hombre robusto, de elevada estatura, ostentaba una ancha testa como cúpula de basílica. En sus ojos ligeramente verdigrises y en la piel blanquísima revelaba un ancestro de aquellos rudos y fornidos navegantes, trashumantes de todas las rutas marineras. En el hablar, matizado de localismos boricuas, se desfloraba la palabra ardida del Apóstol Martí, su Maestro en la adolescencia. Como el artífice de los *Versos Sencillos*, había asimilado a plena esencia el lenguaje de los jíbaros nativos, sus jugos sapientísimos y aleccionadores. Tenía mucho de qué envanecerse —oratoria flúida, pluma ágil y de certero acento cervantino, poemática de hondo calado— pero la embriaguez de la fútil sobreestimación no le confundió jamás los sentidos alertas. Llevaba dentro de sí un insaciable anhelo de saber, de ilustrarse más y más sobre todo lo útil y provechoso a la inmensa tarea libertaria.

Y ese hombretón, con sus ojos cansados y su frente ancha ensombrecida, también sabía reír como un niño travieso. La gran revelación me llegó cuando, en torno a un modesto pastel y una botella de vino, festejábamos su cumpleaños en el destierro. Estaba recobrándose del agobiante cautiverio en Atlanta. Pero su amplio reír tenía aun una más y generosa causa: la experiencia cubana se le introdujo por todos los resquicios del espíritu. Era algo así como un tónico vivificador incomparable. Aquí observó, con la pupila dilatada en asombros, una clase trabajadora unificada, marchando valerosa hacia un incesante desarrollo, dueña de sus destinos, bajo la guía experta de Lázaro Peña, sangre y carne de pueblo, hondamente vinculado a los latidos y ansiedades de sus hermanos de trabajo. Palpó muy a lo vivo la hermosa y aguerrida hueste del Partido Socialista Popular, impulsador y faro del progreso y de la justicia democrática verdaderos. Escuchó la palabra sencillísima, cargada de enseñanzas guiatrices de Blas Roca y el verbo cálido y maestro de Juan Marinello.

Supo así cómo un pueblo desfila sin temores ni vacilantes retrocesos cuando posee conductores fervientes, servidores firmísimos del interés nacional, hombres incorruptibles, tácticos y estrategas del ejército socialista, liberador de la opresión nacional, incesante batallador contra los residuos feudalizantes retardatarios, y el imperialismo, el peor, el más acérrimo y peligroso enemigo de la tierra cubana y de todos los pueblos sujetos a su órbita rapaz y expoliadora. La experiencia cubana infundió renovados vigores al Buen Borincano. Lo que hubo de comenzar en teórico convencimiento, se trocaba en reafirmación practicista, en alentar esperanzado de un similar futuro esplendoroso para su Borinquen entrañable. Y como desde la hora misma de su arribo a La Habana, no dejó un solo instante de bregar, henchido de impaciencias febriles, diciendo sin fatiga su verdad en la palabra impresa con singular y esmerada plasticidad, o en el mitin de

terior de un teatro de marionetas. La baratija que logra el crisma de algún columnista de periódico amarillo; la quincalla retoricista que yace informe, o que suena y resuena con el alboroto de los cueros de vino en la inverosímil lucha del inverosímil Caballero; el zumbido intolerable de esas poleas locas del idioba, con la hueca sonoridad de un epitetaje aleve y altanero; la adjetivación, sobre cuyas paredes de viento nada puede construírse, deberían dar paso a la firmeza del pensamiento, a la elevación de la imagen, al esplendor del concepto, a la irreductible corporeidad y tangibilidad de la obra artística, del producto, cuya modelación perfecta ha de conseguirse por industria de pericia, de buena fe, de inspiración cierta e implacable.

Raúl Andrade, modelador de prosa exquisita es —hay que saberlo de hoy más—, no tan sólo un constructor de prosa formalista, un alarife de estructuras idiomáticas que embriagan y apasionan. Su mensaje de escritor va más allá. Primero se entrega a la tarea del hombre que busca al hombre y batalla por su dignificación. Es un experto baquiano de los destinos de la Especie. Y pugna por ayudarle a encontrarse por los territorios de la conducta. Sus ensayos no son sino precipitados éticos, químicamente puros, objetivaciones del hecho humano sedimentado, diferenciado, exacto a sí mismo, que él, el escritor, con calidad de mago, alcanza a configurar y extraer, para entregarlo en son de paradigma. Los ensayos de Raúl Andrade han buscado, por eso mismo, en la mayor parte de sus asuntos, figuras universales de la pasión y la angustia humanas trocados síntesis: Charles Chaplin, Manolete, Federico García Lorca. Síntesis, el gesto del mimo. Síntesis la ondulante y casi musical trayectoria de la estocada. Síntesis, la metáfora luminosa, onírica, la vida que se hace metáfora. Síntesis, el racimo de clamores de una generación ecuatoriana de poetas malditos: Ernesto Noboa Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro. Síntesis el elegante vilipendio que resume, en un rótulo festivo, la crítica para los nacionalismos virulentos y fofos. Síntesis, el cayado del viajero que vagabundea en la soledad sin contorno del extrañamiento forzado por los principios éticos: síntesis, y nada menos, decorosísima y paradigmática, fué el abandono de Raúl Andrade del territorio patrio tan pronto como el error de los intelectuales quiso encontrar en el dictador Velasco Ibarra algo más que un periodista de tercer orden y algo menos que un bribón disfrazado de loco. Raúl Andrade, en gesto que podría ser calificado de preciosismo ético, se marchó del Ecuador. Después, el Ecuador literario hubo de darle la razón. Junto a Raúl Andrade, hubimos escritores que mantuvimos nuestra verticalidad antivelasquera.

Aquí será indispensable observar una saliente poderosa de esta batalla del escritor con el "tiempo geográfico" que dirían los existencialistas. En Raúl Andrade, la prosa no es sólo joya deslumbradora que despierta la codicia de la gente letrada y extraletrada: es — también, y sobre todo— arma poderosa, y nobilísima, y perdurable, con la que el pionero se defiende ante un mundo erizado de injusticias, a la vez que ataca para castigar antes que para destruir. El escritor esgrime, entonces, sus dardos resplandecientes. Le ayuda su poder de síntesis. Desarrolla, con ello, un sentido biológico de la prosa. Es como si se cobijara con ella el prosador. Es como si viviera en ella. Como si hiciera de ella un organismo dotado de poderes móviles, vibrátiles, con tejido epitelial, vascular, muscular; con sistema nervioso, con entera completud somática. Diríase que él mismo —el escritor— lograse ensalmar su figura en el período gramatical, en el vocablo exacto como una flecha, en la ondulante sonoridad del adjetivo, "schrapnell" que enceguece, cargado de resplandor explosivo, pero de un poder vitalizador incontrastable. Diríase que se agita, desnudo, pleno, el arúspice, en el fondo. Diríase que navega en su propio piélago de cristal pavoroso, de cristal específico, de cristal cristalino, sin cosa abigarrada ni truculencia viscosa. Sin facetaciones de cuarzo. Sin saldos inútiles. Sin residuo. Sin deyección ni légamo alguno. Cristal... como el de las aguas musicales de Debussy, en *Le Cathedrale Engloutie*. Diríase, en suma, que el escritor se escucha a sí mismo — suerte de extraño demiurgo en un mundo transparente, en un mundo translúcido y venenoso como el ajenjo— y que, escuchándose, logra su propia identificación con el producto. Con el producto ético y verbal que deviene tersura, aunque fuese tersura cortante de cristal de Sévres. Escuchándose a sí mismo, insúmese el escritor en su mundo idiomático, como Walt Whitman en su *mundo de la canción*. "Para vosotros —oigamos a Walt— los aplausos, las medallas, y las graves dignidades. Vuestros hechos y vuestras conquistas no son de mi dominio, pero son útiles. Y por ellos yo entro en este mundo de la canción que es mi dominio. Mis poemas no hablan de las propiedades singulares de las cosas —hablan de la vida no catalogada— de la libertad y del misterio. No se ocupan de los neutros ni de los castrados —exaltan al hombre y a la mujer bien organizados— baten los tambores de la rebelión —y se unen a los fugitivos, a los mártires y a los que conspiran". De igual manera que el hijo de Manhattan, Raúl Andrade habita en su propio mundo para convivir con los duendes que él ama y configura. Habitantes de este mundo del escritor son esos duendes universales sublimizados: Federico García Lorca, Charles Chaplin, Manolete. Duendes suyos son también —y por qué no— Francisco Franco y los barbianes enjaezados de la España que hoy visitará Andrade, desafiando los murallones, los tapiales, y los pelotones de fusilamiento. Los barbianes enjaezados de la militarada que destruyó la democracia — ¿destruyó?, la aplazó en España— y que nebulizó, en Federico, la mejor burbuja de nuestra lengua, bajo el tricornio de la Guardia Civil.

Raúl Andrade viaja a España. Continúa el vagabundaje, cayado por delante, que ha de traer horizontes y enfundarlos en las páginas de un libro. Raúl —personalísimo y exacto a su propia magnitud— es un escritor que se aparta de los espumarajos de la notoriedad, que prescinde de los contactos con el motín literario, que profesa una cordial repugnancia a los vociferadores de plazuela, a los escamoteadores presidenciables y presidenciados, a los filisteos. Frente al filisteísmo, frente por frente a la canallocracia escritora, pongamos al escritor. El escritor es soldado bastante para las batallas de la cultura. Uno de esos escritores, en América, es Raúl Andrade de quien Fernando de los Ríos dijo haber escrito el mejor ensayo sobre García Lorca en la lengua española.

*César ANDRADE y CORDERO.*

Cuenca, Ecuador, 1949.

---

masas, donde las frases llevaban el acento candente de la realidad desolada de su patria.

V

Todos los que le conocieron aprendieron a querer sin medida al Buen Barincano. Inspiraba al instante honda simpatía confiada que concitan los hombres de acrisolada integridad, avalada por la carta de crédito de un gallardo martiriologio por la independencia patria. Poseía a plenitud esa imantada personalidad que, sin proponérselo deliberadamente, estrecha junti a sí el círculo de afectos acendrados. Pocos como él supieron estrechar con tan cerrado y férreo haz la relación de hermandad fraternal de la tierra sufrida de Hostos con la de José Martí. Sólo quien conociera e interpretara con tan íntima hondura la entraña cubanísima, podría hacer sentir las urgencias palpitadoras de su Isla esclavizada. El supo hacer llegar a los más apartados y recónditos lugares de Cuba las ansiedades y sufrimientos de Borínquen, y logró que todos sintieran el dolor desgarrado de Puerto Rico como cosa muy propia y cercana.

Por eso cuando vieron partir al Buen Borincano, hubo de todos los pechos júbilo y pena entrecruzados. Alegría por verlo abrazar a su pueblo para él tan querido y precioso, y pesar por perder al hombretón que llevaba en su verbo esencias de tan legítimos quilates martianos, que sabía reír como un niño travieso. Yo, que tuve el privilegio de compartir su afecto incomparable, su leal amistad y su saber fecundo, lo tengo para siempre como un hermano ausente. No creo necesario insistir demasiado que aquel que con justicia llamáramos el Buen Borincano, se nombra Juan Antonio Corretjer...

La Habana, julio de 1946.

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscrición al
Repertorio Americano:
**The Moore-Cottrell Subscription Agencies**
Incorporated
North Cohocton, New York

Agencia del
***Repertorio Americano***
en Londres
**B. F. Stevens & Brown, Ltd.**
New Ruskin House,
28-30 Little Rusell Street, W. C 1
London, England

**Octavio Jiménez A.**
**ABOGADO Y NOTARIO**
Oficina: 25 vaars al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social
TELEFONO 4184
APARTADO 338

# DOS COMENTARIOS

de *Juan Antonio CORRETJER.*

(En *El Imparcial* de San Juan de Puerto Rico, ediciones del 3 y 23 de febrero de 1949).

## Mandato de Dios

Su Eminencia Francisco J., Cardenal Spellman, es persona de buena memoria. La amnesia no parece contar entre las probabilidades de su futuro. Si conserva la memoria podría ser que acabara por comprometer nuestra gratitud nacional. Ha unos días el Cardenal subió al púlpito de la enorme Catedral de San Patricio en Nueva York. Cuantas veces he visitado la Catedral de San Patricio he cerrado los ojos deliberadamente para no ver todo cuanto no ha sido de mi gusto. Y me he abierto por dentro al regocijo de la contemplación de un gran esfuerzo y de una gran fe. Porque esa Catedral es el mudo, elocuente testimonio de la exilada reafirmación de un gran éxodo patriótico. El Puerto Rico de Europa, la verde Erin de los poetas, la Irlanda trágica de las faminas escalofriantes, de las tenacidades heroicas y los sublimes martirologios, lanzada al exilio doloroso la levantó, amasándola con el sudor de sus obreros, con el cerebro de sus intelectuales, con la estrofa ardiente de sus poetas y las lágrimas de sus niños. Es grande, muy grande, demasiado grande materialmente la Catedral de San Patricio. Hay en la amplitud de sus dimensiones como un secreto esfuerzo por demostrar ante el mundo la grandeza de concepción y capacidad de tarea de una pequeña nacionalidad oprimida. Y es natural que la escondida intención correspondiera, en la tarea escogida, a la inclinación de la tradicional alma irlandesa, mezcla apasionada de fervoroso patriotismo y catolicismo intransigente, muy a la española. Y por ello, en San Patricio, he murmurado religiosamente versos inmortales de *El Círculo y la Espada* de Plumkett y las solemnes, extra-humanas estrofas de *El Ideal* de Padraic Pearse.

San Patricio, pues, sería apropiadísimo púlpito para que, desde él, se le hiciera servicio a Puerto Rico, la Irlanda de América. Y el Cardenal Spellman se lo podría hacer, si no pierde la lúcida memoria que demuestra.

Era en los días —no ha más que días— en que se enjuiciaba en Budapest al Primado de Hungría. Y en una de sus contadas apariciones en el púlpito de San Patricio el cardenal Spellman, comentando el debatido proceso, pronunció estas palabras dignas de recordación: *"La rebelión contra los tiranos es mandato de Dios".*

Nada nuevo dijo el cardenal Spellman. Teólogo y jurista de la Iglesia, el cardenal Spellman hizo uso de su buena memoria: recordó lo que aprendiera en un sacerdote español de hace cuatro siglos, cuando, adelantándose a su tiempo —¡por cuánto tiempo!— el Padre Mariana comenzara teóricamente a trasladar la soberanía política desde las cabezas de los reyes a las manos del pueblo. Y puesto que, como dijera nuestro Betances, "no hay revolución sin revoltura", al levantar el monumento de *"De Regi et Regis Institutioni"*, Mariana consagró el derecho del pueblo al regicidio. Verdaderamente, "la rebelión contra los tiranos es mandato de Dios". Yo lo creo. También yo lo aprendí en Mariana y si *"ambulavrunt in medio umbra morti, non timebo malo".*

Y aquí viene la coyuntura puertorriqueña del prelado. Porque el cardenal Spellman —¡con tan buena memoria que tiene!— no puede haber olvidado otras palabras que yo, con mucho menos derecho que él, bien recuerdo. Son palabras de un distinguido compatriota del cardenal Spellman, de Míster Abraham Lincoln, Q.E.P.D. Y como Míster Lincoln goza de gran prestigio entre sus compatriotas, y lo tiene tan bien merecido, es bueno recordárselas al cardenal Spellman. Son éstas las palabras de Míster Lincoln: *"El dominio de un pueblo sobre otro pueblo, es despotismo".*

¿Qué otra cosa, Eminencia, qué otra cosa, es pues la dominación de Estados Unidos sobre Puerto Rico? ¿Qué otra cosa, Eminencia, qué otra cosa sino despotismo? Y, ¿qué otra cosa, Eminencia, qué otra cosa, es despotismo sino tiranía? Ergo, que en buena moral universal *"la rebelión contra los tiranos es mandato de Dios".*

Suba al púlpito, Cardenal y gane la grandeza. Diciéndole al pueblo que su gobierno tiraniza, *in nomine Pater, et Filis et Spiritus Sancto*, que *"la rebelión contra los tiranos es mandato de Dios"*. Nihil obstat, Cardenal.

Entre tantó, seguiremos por acá, en puertorriqueño, preguntando con Betances: *"¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan?"* El viejo sublime también sabía que *"la rebelión contra los tiranos es mandato de Dios".* Lo aprendió en Cabo Rojo.

ENTERESE Y ESCOJA:

| | |
|---|---|
| *Lo que sabía mi loro.* Una colección folklórica infantil. Reunida e ilustrada por José Moreno Villa. Un vol. pasta | 12.00 |
| Euclides: *Elementos de Geometría* | 15.00 |
| Dr. Juan Marín: *El alma de China.* Vol. empastado | 20.00 |
| Jenofonte: *Recuerdos de Sócrates.* Banquete. Apología | 30.00 |
| Luis Alberto Sánchez: *La Literatura Peruana* | 13.00 |
| Balzac: *Fisiología del Matrimonio* | 22.00 |
| Rodolfo Mondolfo: *En los orígenes de la Filosofía de la Cultura* | 8.00 |
| *Popol Vuh.* Edición de Adrián Recinos. Un vol. pasta | 16.00 |
| *XL Odas selectas* de Horacio | 7.00 |

**Entiéndase con el Administrador de *Repertorio Americano.* Exterior: calcule el *dólar* a ₡ 5.00.**

Si le interesa el
Repertorio Americano
pídale la suscrición a
**The American News Company, Inc.**
131 Varick Street
New York 13, N. Y., U. S. A.

**Una suscrición al Rep. Americano la consigue Ud. con**
**Matilde Martínez Márquez**
LIBROS Y REVISTAS
Avenida Los Aliados Nº 60
Apartado Nº 2007
Teléfono FO-2539
La Habana, Cuba

## Pueblo y populacho

Un gran amigo, maestro venerable del mundo hispánico, me envía, desde su dulce Costa Rica, un recorte de *El País* de Montevideo. Dice el recorte: "Alejandro Casona, prologando ha poco el tomo de los *Episodios*, de don Benito Pérez Galdós, intitulado: *El 19 de Marzo y el 2 de Mayo*, establece la diferencia entre pueblo y populacho en este admirable juicio crítico:

Dos hechos históricos de significación antagónica sirven a Galdós para dar cauce narrativo a una profunda idea sobre el papel de la muchedumbre en la Historia: la esencial diferencia entre la plebe y el pueblo. El primero de ellos —19 de marzo— es el motín de Aranjuez, en que una pandilla de caballerizos, pícaros a sueldo y sacristanes ululantes, asaltó el Palacio de Godoy, destrozando los cuadros de Goya, estrellando las preciosas cerámicas contra los espejos y quemando en la plaza, borracha, los muebles y tapices que guardaba el favorito, pero que no eran su riqueza, sino la riqueza artística de España. Contra esa montonera flemática disfrazada de pueblo, pero ocultamente manejada por los hilos sucios de una intriga cortesana, levanta Galdós su voz de auténtica democracia señalando el peligroso monstruo. He ahí la plebe.

El segundo hecho —2 de mayo— es el alzamiento popular de Madrid en defensa de la independencia nacional. También aquí la multitud es el protagonista, pero ¡qué profundo el grito y qué distinto el fuego de la entraña...!

El coro irresponsable y cobarde de Aranjuez es esa burda imitación de pueblo que los tiranos necesitan exhibir buscando en su demagogia callejera una apariencia de voluntad nacional; pero el verdadero pueblo es este otro: el tuétano vivo de un país, que desafía de pie a la muerte por la justicia y la libertad".

Esa misma certera filosofía puede aplicarse, íntegra, a dos hechos ocurridos en Puerto Rico bajo el arco de tiempo que cubre a nuestra generación: **el 2 de enero de 1949 y el 21 de marzo de 1937:**

El 2 de enero de 1949, durante los sucesos ocurridos en el templete del capitolio, "un coro irresponsable y cobarde", fué convocado por el gobierno de Estados Unidos para regalarse a sí mismo con "esa burda imitación de pueblo que los tiranos necesitan exhibir buscando en su demagogia callejera una apariencia de voluntad nacional".

"Contra esa montonera flemática disfrazada de pueblo, pero ocultamente manejada por los hilos sucios de un intriga" imperialista colonial, alza el país su voz de auténtica democracia. Y el demagógico suceso se hunde para siempre en los mares de saliva de las tertulias cafetineras de los nuevos ricos.

La otra fecha —la del 21 de marzo de 1937— el imperialismo yanqui concurre a Ponce para disipar, a fuego de metralla, la genuina presencia de un pueblo en marcha. Allí está, en limpia asunción de altivez heroica, la bandera de la Patria. Allí hombres y mujeres dentro del único uniforme que han vestido soldados verdaderamente puertorriqueños —somos los sobrevivientes de aquellos años heroicos también, los únicos *veteranos puertorriqueños* — y allí, cuando la presión de la baldía amenaza ha transcurrido, y la ametralladora asesina del imperialismo va a funcionar, sigue el grupo sublime, entre la pólvora y el humo, el grito puertorriqueño de mando que enarbola el pueblo en tiempo de héroe.

Y es "el verdadero pueblo este otro: el tuétano vivo de un país que desafía de pie a la muerte por la justicia y la libertad".

---

# Breve historia de siete días

Por *Víctor ALBA*

(En *Excelsior*. México, D. F., 10 de enero del 49. Envío de *S. A.*)

*Escala de Valores — Divorcios Reales — Trabajo por México — ¿Nosotros, locos? — Lógica — Voto femenino — Transparencia.*

## ESCALA DE VALORES

El *Daily Herald* nos ofrece una anécdota que da una idea muy triste de la escala de valores morales en este siglo. Hela aquí:

En Munster, Alemania, pueden leerse dos anuncios en la puerta del municipio: el primero ofrece dos mil marcos por los informes que ayuden a capturar a un peligroso asesino. El segundo promete tres mil marcos a quien ayude a recuperar una llanta robada.

Lo más extraño es que haya aparecido un generoso moralista capaz de pagar dos mil marcos para castigar a un asesino.

## DIVORCIOS REALES

El rey Faruk de Egipto y su hermana, la esposa del Sha de Persia, se divorcian el mismo día. Faruk se había casado con la hija de un noble egipcio y tenía dos hijas. He aquí cómo justifica su divorcio:

"La voluntad de Dios ha ordenado que el lazo sagrado que une a la noble pareja, sea roto. Esta voluntad ha puesto en los corazones del rey Faruk y de la reina Farida la voluntad de divorciar, a pesar de lo mucho que ambos lo lamentan. El Gobierno, al comunicar esta noticia al pueblo, ruega a Dios que dé al rey Faruk lo que pueda hacer su goce, que será el goce de su pueblo".

Naturalmente, se refieren a Alá. En cuanto a la princesa Fawzia, esposa del Cha de Persia, se divorcia porque el clima de Teherán no le sienta bien. Los dos hermanos divorciados tienen, ambos, menos de treinta años. Ninguno de los dos ha tenido hijos varones. Fawzia estuvo hace un año en París, donde provocó grandes escándalos en los cabarets y donde la policía tuvo que recogerla borracha por la calle en tres ocasiones. Luego, cuando se le acabó el dinero, se fué a Ginebra, compró por varios centenares de miles de francos suizos de pieles y joyas, y se marchó sin pagar. Sabiendo esto, uno tiene la impresión de que el clima de Teherán hace un desairado papel de pretexto oficial...

## LOGICA

La maestra explica a sus alumnos un cuento que acaba en boda.

Juanita, avispada, inquiere:

—Oiga, señorita, ¿por qué la novia se viste siempre de blanco?

—Porque se siente muy feliz al casarse.

—¡Ah! Entonces, el blanco quiere decir que se es feliz, ¿verdad?

—Desde luego.

—Entonces, señorita, ¿por qué el novio va vestido de negro?

La respuesta, que la haga el lector... o la lectora.

Tras quince años de propaganda en favor de la igualdad del sufragio, una ley firmada en Santiago ha concedido a la mujer chilena el derecho de voto.

Este mes hace justamente 30 años que la mujer británica disfruta de igual derecho. Al principio, durante diez años, la mujer no podía votar más que cuando llegaba a los 30 años de edad —como si la papeleta electoral fuera un consuelo por la aparición de las primeras arrugas—. Luego, ya logró igualdad absoluta, incluso en la edad. La primera diputada fué Lady Astor, y desde entonces siempre las ha habido. Dos mujeres han sido ministros de la corona británica. Ahora, Miss Widd acaba de ser nombrada magistrado del Tribunal Supremo inglés. Es la primera mujer que ocupa tal cargo.

Algún día lo ocuparán en sus países, las mujeres chilenas. En México, tenemos ya mujeres jueces... Por algo se empieza.

## TRABAJO POR MEXICO

México pierde a un colaborador de su cultura, pero conserva un amigo en lejanas tierras. Yoseph Tjronitzky, que ha estado enseñando durante largos años en secundarias mexicanas y que luego hizo oír su voz cálida y elocuente en todo el Continente, está de viaje hacia Jerusalén, adonde va a ocupar el cargo de director de la división de la América Latina del Fondo de Reconstrucción de Israel, cuyas oficinas está en la ciudad inmortal.

Ayer le ofrecieron un banquete sus innumerables amigos de aquí, que recuerdan su incansable labor cultural entre nosotros, su agradable conversación y su entusiasmo contagioso.

## ¿LOCOS?

*Nosotros los locos*, es el título desconcertante del último libro que ha llegado sobre mi mesa, fresca aún la tinta. Al abrirlo, veo que su contenido ha sido madurado lenta y apasionadamente. Cid y Mulet, su autor, es un caso singular de adaptación. Apenas llegó a México, se empapó tan bien del ambiente de nuestro país, que publicó una novela, *La ruta incógnita*, que puede ponerse entre las mejores de las que ha producido México en los últimos años... porque fué México, con su influencia suave y firme, el que impulsó al autor a escribirla. Con su nueva obra, Cid, en forma novelada, nos presenta una serie de problemas de ética que nos agobian hoy, y busca su solución en la naturaleza misma del hombre. Como él, hay que hacerse la pregunta de si el hombre se ha vuelto loco. Y hay que contestarse que no, pero que lo parece... porque la verdad, como dice Cid, se conoce al través del error.

## TRANSPARENCIA

Otra anécdota infantil, escuchada en una escuela de la colonia Narvarte.

El profesor da a los alumnos lecciones de cosas.

—¿Qué es un cuerpo transparente? —pregunta.

Un chiquillo se levanta y contesta:

—Es un cuerpo a través del cual es posible ver, señor.

—Muy bien... señálame uno...

—Pues, una escalera, señor...

Textual.

## CENTENARIO

Es el centenario, no de una muerte, sino de un hombre vivo. Un americano ilustre: Federico Henríquez y Carvajal, maestro de varias generaciones americanas, alma y fuego de la historia del Continente, historiador máximo de la República Dominica, padrino de la independencia de Cuba, proclamado hace años como nuestro Justo Sierra, ciudadano de América. Millares de felicitaciones lo han acogido en su aniversario patriarcal. El ha contestado a todas con un mensaje a América, que publica ese *Repertorio Americano* editado en San José de Costa Rica por García Monge, que es el exponente máximo de nuestro Continente. No podía faltar nuestra felicitación para el varón que ha defendido siempre la federación de las Antillas, del Istmo, del Hemisferio...

¿No dijo de él Martí que era de aquellos hombres "escasos como los montes, que saben mirar desde ellos y sienten con entraña de nación o de Humanidad?

**STECHERT-HAFNER, Inc.**
**Books and Periodicals**
**31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.**
**Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al**
***Repertorio Americano***

# Historia de soldados

Por el poeta ecuatoriano *Jorge Enrique ADOUM*

(En el *Rep. Amer.*)

Cuando de ti me desentierra el día
con sus ásperos oficios, y me repone a los sucesos
como si al final de esa navegación nocturna
en donde hemos llorado y conversado, llorado y permanecido,
debiera regresar a recoger mis pasos,
caminando a morir, como el anciano
vencido a lento paso por sí mismo,
sólo entonces, fríamente despegado de tu piel,
gravemente solitario, entro a mi vacío traje
que te sintió a su lado cada víspera,
pregunto por ti, por mí, por qué sucede,
por qué así, hablando de las cosas
cuya balanza se rompe sin perdón en tus rodillas.

Después de aquel tendero elemental
que espantó tus muslos de hermética cerveza,
después de ese judío persistente, después
del otro que a pie disperso te perdía,
¿fuí yo el último soldado, el de los últimos
piés, el que vino a recoger solamente tu vestigio
como la condecoración del que cayó a mi lado?

¿Fué acaso tu deseo desertor, ola ciega
que se rompe antes de encontrar su cúpula,
quien llevó mis cenizas a tu vientre baldío?
Oh ausente, siempre ida porque nunca
estamos juntos, porque nunca trajiste
tu heráldica animal, tu herrumbre
transparente al lado de mi pelo que te empuja,
porque nunca tuvimos una cama precisa
que oliera a cuerpo doble, a aceite comulgado,
ni una noche repetida a cuyo cauce
rueden nuestros zapatos juntos, ni un suelo
donde puedan quebrarse las tazas de los dos, las manchas
salidas de los dos, tu paso de menta
o nieve porque duermo, o tus ligas
y medias y enaguas y preguntas regadas
que me digan: "Por esta puerta, desde esta palabra,
hacia esa fotografía empezó a partir".
Nada que en mi presencia puedas
reconocer un día: "Esto fué mío. Esto te dejo.
Te he lavado el rostro, los pañuelos".

No fuiste tú, pequeña tejedora, perseguida
y herida por ti, ni son tus manos,
donde esta mitad de un pan apresurado crecería.
Fué la primera sílaba, el hallazgo
de lo duro y ajeno en mi abandono,
fué mi subsistir por un clavo, por un diente
que otro había usado, por las uñas, los huesos
o la mujer del hombre derribado. Ya venía
con mis ángeles enfermos, ignorando
la inicial extranjera de los pétalos,
el pequeño lenguaje del encuentro, las palomas.
Y hasta de las caderas sacramentales que acechaba
sólo tuve el regreso a tu humilde cadera,
sólo los pedazos de las cosas,
sólo el polvo familiar, lo permitido.

(Yo te traigo esta moneda salvada de pagar
o de perderse, esta esperanza, esta duda
de escoger entre la comida temblorosa
que trae en tu cuchara dos bocados
y el hotel por una noche en donde callas
y comprendes y donde solamente somos
una mujer y un hombre, pasajeros,
sin nombre, sin vestidos, adquiriendo
sólo trozos de sueño después de que has temblado,
como si dijéramos abrigo, alimento, cereal, gavilla,
como si en esta hora de crecida hambre ritual
aún nos fuera dado elegir qué instinto,
qué sombra compartida, qué bisel nos mata menos).
Yo solamente buscaba en tu puerta arremetida
por los prófugos perros agredidos
el aceite ritual o la ceniza bruja
y mi violento alcohol que en tu deseo ardía,
con que entró hasta tus piernas la pobreza:
y nada sino la lluvia con sus cordeles turbios,
nada sino tu olor a corcho envejecido
y aquello que nos quema en la piel o nos penetra
por su propia humedad de dolor, como la ortiga.
Por eso, cuando digo miedo y amanecer sin sexo como un viudo,
y alaridos golpeándose las alas en maderas salvajes,
es como si hablara de una maldición,
de 13 personas a la cena nupcial en que he nacido,
de azúcar derramada, de quebrada arena
estelar, llegada de qué espejo roto por mi mano.

¿Es que siempre será igual, siempre
este ancho domingo creciendo entre paredes?
¿Es que debes atarte las manos a los senos
para que nunca, nunca, te peinen en la noche,
para que no derriben a tu madre, que no la toquen
en sus sillas y su retrato, junto a su baraja
tartamuda y a la cáscara de su Padrenuestro?
¿Y nunca me dirán qué carta, qué escalera
de sangre, qué madrugada lila
te desató los pies para que vayas
de cama en cama, de cuerpo en cuerpo,
huyéndote otra vez, temiéndote, olvidándote?

Esta es una lejana historia de soldados
donde siempre se vuelve al cuartel espantoso.
Y hay un himno a redoble, a latigazo puro,
tambor de funeral, marcha en regreso
de sólo los pedazos que han quedado,
y hay un eludir las tuberosas de la muerte,
una invitación, como la luz de un dormitorio,
a buscar tu cabello original, tus primeros pechos,
para decirte, a ti, que traías a mis dientes
un pan robado, una naranja nocturna a los vestidos:
"Vengo para cuidar lo que me queda: el ojo
solitario, el único brazo defendido,
la rodilla que espera tu cansancio. Vengo todavía
con un trozo de fusil, con una espina
victoriosa".

Oh nunca defendida, cintura
de aguacero ceñida a mi voz seca de soldado,
llena de paja y corazón como una hoguera.

Quito, Ecuador.

---

# Las efemérides del Marqués

(En el *Rep. Amer.*)

(A la memoria de *Mario Sancho*).

*Repertorio Americano* me trajo la infausta nueva del fallecimiento de Mario Sancho, al que vi, por última vez, hace años, en Managua, cuando dirigía allí *Nicaragua Informativa.* Recuerdo que sobrellevaba melancólicamente su alejamiento de la Patria. Supe después que había logrado rehacer su vida en los Estados Unidos, donde formó un hogar, tal como lo había soñado.

Con motivo del fallecimiento del celebrado escritor —cuya obra queda casi toda dispersa en periódicos, revistas y sobre todo en las cátedras que regentó a su regreso a Costa Rica — quiero evocar momentos suyos de París, vividos a la vera del nunca bien alabado Marqués de Peralta, al que sirvió de secretario en la Legación, por breve tiempo. Nada mejor para pintar la psicología de ambos personajes, que relatar una anécdota, que me fué referida

en la propia Ciudad Luz, por personas al tanto de la vida del diplomático tico.

Si mis informes son exactos, don Manuel María de Peralta llegó a París en circunstancias aflictivas y hubo de poner a contribución su talento, su ingenio y hasta su audacia para sobrevivir. Vino a resolverle su situación, definitivamente, el General don Tomás Guardia, que llegó a la capital francesa en calidad de presidente de Costa Rica. El magnate, que era hombre amigo de divertirse, encontró en su paisano el hombre que podía soñar para que le sirviese de cicerone por los vericuetos galantes de Montmartre.

De ahí que cuando el General Guardia regresó a la sede de su gobierno se preocupara de la suerte del marqués, al que hizo dar un puesto en el consulado parisiense, que le permitió ir tirando; colarse después en la legación, donde sus entronques sociales le facilitaron el matrimonio con una señora Gontaut-Biron, de la más rancia aristocracia francesa. Cuando conocí a don Manuel María, en su residencia de la Avenida Henri Martin, era decano del cuerpo diplomático de París, en tanto que su esposa criaba perros finos que ganaban los primeros premios en las exposiciones caninas. Rubén Darío, al que atraían los títulos nobiliarios, dedicó a la Marquesa de Peralta un soneto que comienza así:

*"El olímpico cisne de nieve*
*con el ágata rosa del pico,*
*lustra el ala eucarística y breve*
*que abre al sol como un casto abanico".*

*

Todos los días, antes de iniciar el trabajo oficinesco, don Manuel María preguntaba a su *attaché*, a manera de aperitivo, qué acontecimiento celebraba en esa fecha la humanidad. Mario, que en sus horas de ocio —que eran las más del día— se ocupaba en leer a Renán, no acertaba con la efemérides que le solicitaba su jefe, por lo que éste le sermoneaba amablemente, diciéndole:

—Hay que estudiar la historia que es la maestra de la humanidad, pues los acontecimientos se repiten y constituyen, por lo mismo, una saludable lección para quienes ahora vivimos.

Si la efemérides de turno era, por ejemplo, la correspondiente a la angustiosa noche de San Bartolomé, Peralta, esponjándose como un pavorreal añadía:

—Carlos IX era un calzonazos que se dejaba gobernar por su madre, la cruel y astuta Catalina de Médicis...

Mario Sancho había observado que la pregunta de índole histórica que le formulaba don Manuel María todas las mañanas, sobrevenía después de una visita del Ministro a la biblioteca; por eso, penetró furtivamente en ella para indagar de dónde procedía la rebosante y siempre oportuna erudición del marqués. No tuvo que buscar mucho, pues sobre un facistol se tropezó con un lujoso volumen abierto —a manera de misal— que era nada menos que el *Libro de las Efemérides*. Pensó entonces que le podía dar una lección a su jefe, escondiendo incontinenti el tan manoseado mamotreto. Lo hizo tan presto, que no lo vió ni siquiera "Bibí", el perro favorito de la marquesa.

Al día siguiente, don Manuel María permaneció callado a la hora de la efemérides, por lo que Mario, para inducirlo a hablar, le preguntó:

—Ministro, ¿qué acontecimiento conmemora hoy el mundo?

Don Manuel María se hizo el sordo y, malhumorado, ordenó a Sancho lo siguiente:

—Escríbale al joven Quirós, que la Le-

*Mario* SANTA CRUZ.

Bogotá, marzo, 1949.

---

*CUADERNO DE BITACORA*

# El mito del trópico

Por *Luis Alberto* SANCHEZ

(En el *Rep. Amer.*)

"La calle se hunde como la hoja de una espada quebrada en el puño de la plaza... Los árboles hechizan la ciudad entera. La tela delgadísima del sueño se puebla de sombras que la hacen temblar... El aliento de los árboles aleja las montañas, donde el camino ondula como hilo de humo"... Son imágenes arrancadas de *Guatemala*, una maravillosa estampa de Miguel Angel Asturias. No puede ofrecerse nada más gráfico y fresco. Esta es poesía de dieciocho quilates. ¿Tropical? Paul Valery, ese gran arquitecto de metáforas, declara en la página liminar que las leyendas lo han dejado "traspuesto". He aquí al trópico impresionando una mente de tan fríos contornos como la de Valery, poeta extraviado y gran ensayista.

Las frases de Asturias y el comentario de Valery traen a colación un viejo tema: de si existe un estilo tropical.

En algunos países, especialmente en Chile y Argentina, se ha dado en llamar "tropical" a todo lo excesivo. Sin embargo, hay mucho exceso en algunos escritores "fríos", y gran medida en numerosos tropicales. Por ejemplo, Max Jiménez, ese costarricense de incoercible fantasía, lucía en su *Revenar* y su *Domador de Pulgas*, dotes en verdad difíciles de igualar. Eran tan frescas sus imágenes y tan sencillas, que respiraban aire bíblico, y no llenaba su obra ese jadeante y caótico impulso —"tropical" si se quiere— de Neruda y Huidobro. Porque en *Altazor* se encuentran más rasgos de trópico que en *Revenar*, y *El habitante y su esperanza* de Neruda trasuda mayor exuberancia que *Leyendas de Guatemala*.

Ciertamente, el trópico, por su espléndida naturaleza predispone a la lujuria imaginativa y verbal. Quizás más a ésta que aquélla, y ahí reside su flaqueza. Pero, se trata de dotes individuales, comunes a cualquier latitud y, por cierto, nada dignas de reprobación o menosprecio, que de otra suerte iría en detrimento de todos nosotros, ya que Rubén Darío, un tropical de Nicaragua, y Enrique Gómez Carrillo, un tropical de Guatemala, y Rafael Arévalo Martínez, otro tropical guatemalteco, marcaron con su impronta los caminos del arte americano.

No quiero volver a discutir aquí, si existe un "estilo maya", pues eso restringe el tema, lejos de ampliarlo. Prefiero referirme a un estilo tropical, de lo que hablé alguna vez, en mi libro *Vida y pasión de la cultura en América*. Lo contraponía entonces al Ande, olvidando la llanura. Hoy vuelvo sobre mis pasos y enfoco el tema de otra manera. Se trata de un asunto más vasto: psicológico. Los tropicales existen a menudo fuera del trópico, y los polares, andinos o pampinos, en pleno corazón de la manigua, abobados por calores irrespirables y por verdes que enceguecen.

Todos nos hemos equivocado muchas veces, pero, a Dios gracias, solemos rectificarnos, lo cual ensalza nuestra inteligencia. En este tema del trópico, confundimos, primariamente, las dictaduras pintorescas de Centroamérica con la inspiración de sus poetas; hicimos una sola cosa del arrebato locuaz de sus oradores y de la parquedad metafórica. No nos dimos cuenta, sino hasta hoy, de que dictadores centroamericanos los hay hasta en respetables estados, donde se enarbola la razón y se considera el cálculo en preponderante puesto. Porque épocas hay, las de infancia o adolescencia, cuando se constituye algo nuevo, en que prima el tropicalismo, y épocas, cuando madura algo que dejó de ser nuevo, cuando prima la frialdad y triunfa el racionalismo. Si hacemos un exámen de conciencia, caeremos hoy en la cuenta de que Asturias, escritor centroamericano, coincide en la euforia imaginativa con los más ajustados cánones de la imaginería del frío Valery. Voilá.

---

# El libro en ferias

(En *El Tiempo* de Bogotá, noviembre 1º de 1948).

Se agita a impulso del viento, en una de las más concurridas calles de Popayán, una ancha faja de lienzo atravesada de un alar a otro, con este anuncio: "Feria del Libro", en letra roja de gran tamaño. Pasan los días y las semanas sin que la feria se realice. En la fecha sañalada par su inauguración los libreros no habían acudido con sus mercancías y las gentes aficionadas a la lectura, parecen mirar con indiferencia el aplazamiento, en que acaso no tienen fincadas ningunas esperanzas.

La institución de la feria del libro decae, según las apariencias, y anturalmente merma también la afición a la lectura de libros. El cine, el radio, las historias gráficas y el periódico diario, parecen satisfacer el anhelo de conocimiento y las aspiraciones metafísicas de una gran parte de la humanidad. Entre nosotros se añade a las causas de desprestigio del libro la cifra alarmante de los analfabetos. Antes de ahora la indiferencia de los gobiernos en materia de enseñanza elemental era corregida, aunque en pequeña escala, por la voluntad de algunos individuos que se sentían aislados y en posición inferior de la sociedad por su ignorancia para la interpretación de la palabra escrita, y se esforzaban por hacerse dueños de ese conocimiento. Hoy el cine hablado en español y el radio y la historia gráfica lo alivian parcialmente de la pesadumbre agobiadora del analfabetismo. Y el libro pierde por lo tanto una parte pequeña, pero claramente perceptible, de su significado como elemento cultural.

Además, parece que se conjuran contra el libro en esta amenaza de días peores y de incapacidad de los gobiernos y de los particulares para sortear escollos fiscales y económicos, la pobreza, la incertidumbre y la desidia. En Colombia, país de poetas y de letrados, el libro

llenaba papel primordial en la vida del pensamiento. Se admiraban los libreros franceses y españoles de épocas pasadas del número de volúmenes impresos consumidos, quiero decir comprados, por nuestros compatriotas. Hoy no logran abrirse las ferias del libro y es un problema procurarse en las librerías obras literarias o científicas de elevado nivel intelectual.

Dos guerras mundiales sucesivas, o mejor dicho, una sola tenebrosamente devastadora que dura aún, han disminuído la producción de las fábricas de papel y encarecido el artículo perturbadoramente. De otro lado la calidad del libro ha bajado a niveles que suscitan la sorpresa de los especialistas. Basta echar la mirada hacia atrás para comprender que nuestra era, ufana de haber logrado grandes adelantos en las ciencias físicas y en la mecánica, no puede medirse con la calidad de la producción literaria de otros siglos cercanos y remotos. La calidad decae y con ella el prestigio de la producción. Por lo que hace a la América Latina, los editores premurosos de nuestros días han contribuído tristemente al deterioro del libro como agente cultural y como artículo de comercio. En el curso de pocos años los impresores de libros españoles en el hemisferio lo han inundado, a falta de obras originales, con reimpresiones y traducciones, muchas de ellas aflictivas por su apariencia material y por la humildad del desempeño. La marejada de producción ha sido tan copiosa que el mercado sufre de estancamiento. Así, pues, el libro no se vende por su mala calidad, primero y, luego, porque no hay anaqueles ni cerebros donde colocarlo.

A todo lo cual se agrega que los gobiernos lo persiguen como si de él no necesitaran para hacer más gobernables a sus administrados. A la escasez de papel y a la penuria de autores dignamente capacitados se agrega la persecución sistemática franca o subrepticia de los gobiernos, que aumentan los impuestos, mantienen tarifas postales abrumadoras, imponen limitaciones en el tráfico e inflan los precios con las prohibiciones de un lado y con las medidas de todo género que merman el precio de la moneda.

El libro pierde de valor intrínseco en su contenido, en su mérito artístico, en su significado cultural y, a un mismo tiempo, sube de precio en lo comercial, hasta convertirse en objeto prohibitivamente suntuario. Su calidad disminuye a medida que sube su precio, y las ferias no llegan a cumplir sus fines de progreso, ni siquiera a abrirse, porque los libreros no se sienten equipados para surtirlas ni el público adecuadamente provisto de fondos para procurarse artículos que desde muy modestos puntos de vista no satisfacen las generales aspiraciones.

*B. SANIN CANO.*

# Salutación epistolar

*(Envío del autor)*

"Guatemala 28 de diciembre de 1948.

Señores miembros de la Petarquía Gubernamental, coroneles Manuel de J. Córdoba, Oscar Osorio y Oscar Bolaños, y doctores Humberto Costa y Reinaldo Galindo Pohl.
Palacio Nacional, San Salvador, C. A.

Jóvenes Patricios:

Tras de más de una década de ominoso despotismo martinista, el invicto pueblo salvadoreño se sacudió corajudo y estoico contra el régimen matonista imperante, el día 2 de abril de 1944; e hizo sentir cruenta y audazmente su indeclinable decisión de terquedad patriótica; vale decir, su propósito redentor y avancista de abatir y ajusticiar al pretoriano, a sus sicarios y a su sistema conspuyente y concusionario, liberando al país y enalteciéndolo, o morir en la demanda.

El pueblo convulso, incluso la juventud universitaria, obrera, campesina y militar, cumplió con su deber cívico y patriótico en aquella época crucial: se inmoló serena, consciente y viril en las barricadas callejeras, en los muros de los cuarteles, a campo traviesa y en el patíbulo..., pero, el tiranuevo aludido centrando su energía indómita en el contra-ataque vertiginoso y sangriento, cambió de súbito las tornas de la fuerza, e hizo de su derrota y ocaso, una victoria pírrica, engañosa y fugaz... Fusiló, torturó, encarceló, expulsó y diezmó a la ciudadanía opositora, como procedimiento expeditivo de perpetuarse en el poder, de imponer una paz sin justicia, democracia ni libertad, de sobreponerse a los designios históricos de la hora contemporánea, que son de reajuste económico, de levante político y social, de superación cívica, moral e intelectual, de justicia actuada, de probidad administrativa, de sinceridad, de verismo, de realismo; en suma, de liberación y de federación...

Adivino un interregno, una tregua virtual armada de odio, acero y venganza de parte del tiranuelo contumaz e implacable, cebado en la sangría de su pueblo inocente, sufrido y heroico; de vergüenza cívica, de patriotismo vigilante, de amor consubstanciado con la *Patria* malherida, con las instituciones republicanas rotas, con la democracia escarnecida; y de ira santa abocada al sacrificio, a la lucha y a la muerte de parte de ese pueblo "macho" de Centroamérica, condigno legatario de las gestas libertadoras de nuestros próceres.

Siendo como era transitoria la tregua, la indeclinable lucha se reanudó inopinadamente. La ciudadanía se alzó unánime casi, inerme, abroquelada de fe y de honor insobornables, frente al tiranuelo y su grey totalitaria, sordos e insensibles a la demanda nacional e interamericana que a gritos les pedía resignar el poder, como única forma de acallar la protesta popular, de propiciar el advenimiento de la paz y de estructurar un nuevo régimen. Emergió la rebelión a promedios de mayo del propio año, perfilándose dentro del país con el subrayado de los hechos y afuera, a través de las informaciones alusivas, como una huelga general que aglutinaba al pueblo salvadoreño en su inmensa mayoría, sacudido por la vergüenza y por la indignación cívicas, en un haz de voluntades reivindicadoras, afirmativas e inapelables, para ver de jugarse la vida a cara o cruz, en defensa de sus derechos conculcados y en servicio de un elemental sentimiento de humanidad...

La ejemplar protesta patriótica complicó la posición del "gendarme" cainita, lo hizo vacilar en su contrafuerte autoritario y finalmente huir de su trinchera palatina, espantado de la abominación, de los crímenes, del peculado, del servivilismo, de los errores y lacras con que inmortalizó para el oprobio su tránsito por el poder público.

Aunque el tiranuelo fué abatido y expatriado en tal ocasión; sin embargo su sistema de opresión, de crimen, de fraude, de simulación, de peculado y de crueldad pervivió... y se encimó al pueblo salvadoreño a través de los regímenes que le sucedieron, ostentando y detentando el cognomento de republicanos y democráticos.

Semejante fracaso, tal frustración revolucionaria aportilló y melló el rozagante y juvenil optimismo patriótico del pueblo salvadoreño, querido y admirado rendidamente por el resto del pueblo centroamericano, en cuyo espíritu inquieto y atormentado vibra, se agita y arraiga muy hondo todo ideal generoso, y por ende la solidaridad moral para con los oprimidos, justos y tristes de la tierra.

El colapso apuntado pudo ser la muerte del espíritu genuinamente revolucionario del pueblo salvadoreño; empero, antes que desmoralizarlo y sepultarlo, reagrupó y estimuló sus fuerzas sociales para la lucha, retempló su ánimo y lo hizo jurarse al servicio de la sagrada causa nacionalista, cuyo triunfo integral alcanzado a corto o a largo plazo —según sean los nuevos imponderables de nuestra historia patria, propicios o adversos— habrá de depararnos con la liberación de todas nuestras parcelas centroamericanas, con la derrota vertical de los matonistas criollos, con la extirpación de la endemia separatista y de su secuela, el peculado y la ambición desalmada de poder... la estructuración de la República Federal, su broncínea solidez, la renovación de nuestro país de la raíz a la fronda en todo cuanto se refiere a sanidad, agricultura, instrucción pública, fomento, legislación, economía, industria, inmigración, justicia social, americanismo bien entendido y reciprocado, seguridad continental, adhesión sincera e inteligente a la política de juridicidad, mundialidad y pacifismo de las Naciones Unidas.

Las supervivencias del martinismo periclitaron por modo fulminante el día 14 de diciembre en curso; mediante un golpe certero de la revolución en marcha, aunque malherida y frustrada, desde el 2 de abril de 1944. Bien venido sea un suceso de tanta monta, un evento histórico tan relevante y prometedor, *toda vez que en realidad de verdad* termine con una ca abominable y vergonzosa, e inicie otra de creación, de responsabilidad, de avance, de desinterés, de trabajo, de libertad, de justicia, de unionismo y democracia actuadas, no mentidas...

Para legitimar el triunfo cívico-militar alcanzado, importa a la Pentarquía Gubernamental, al joven y moderno ejército y a los partidos políticos que apoyaron, defienden y posibilitan el movimiento reivindicador, inculcar una doctrina, la del mantenimiento de un régimen de libertad política dentro de una democracia orgánica e igualitaria, bien advenida y coordinada con el principio de autoridad.

Además, conviene recordar y tener siempre presente, que todo ejército moderno en nuestras democracias avancistas está adscrito a objetivos exclusivamente castrenses; es decir, al deber indeclinable de defender la patria en guerra justa, de garantizar el imperio de la Constitución y demás leyes e instituciones re-

# REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York


## Bibliotecas en el futuro de América

Por *Fermín PERASA*
(En el *Rep. Amer.*)

Desde el descubrimiento hasta fines del siglo XIX, la América vive un constante movimiento de progreso en el cual la cultura alimenta las ansias independentistas. La cultura es aliada de lo heroico. Vivir es morir por la Patria, como dice el himno cubano, y el pensar no es limpio ni alto si no va unido a la idea primera de la libertad. Pero al terminar en América la dominación española, cuando cesa el fragor de los combates, el motivo se hace más amplio para el pensamiento continental, la misión del hombre americano trueca lo bélico por lo cultural. La misión primera es dar un contenido intelectual propio al continente liberado.

Escuelas y bibliotecas, debieran ser ahora los cuarteles de lucha, maestros los generales, soldados de la libertad los jóvenes dispuestos a cimentar para la eternidad las conquistas ganadas en esa larga etapa de sangre y martirio donde se hunde la raza indígen, y sucumben unas tras otras, tantas generaciones.

Estas ideas surgen a nuestra mente con ocasión de recibir la medalla conmemorativa de la fundación de las "salas del Museo de Bellas Artes" de la Biblioteca Sarmiento de Mercedes, Buenos Aires, inaugurada el 25 de junio de 1946, como ampliación de los meritísimos servicios que viene prestando la institución Biblioteca Sarmiento, bajo la acreditada presidencia del Dr. Luis Martínez Urrutia.

La Biblioteca Domingo Faustino Sarmiento fué fundada en 1887, recibiendo autorización personal del gran patricio americano, para llevar su nombre como la mejor y más exigente de las banderas.

Antes del Dr. Urrutia, meritísimos ciudadanos han cruzado por su presidencia, sintiendo en el cargo algo del calor y entusiasmo que animó la vida de Sarmiento, apagada precisamente al siguiente año de fundarse la Institución, como dejando en ella su propio espíritu de progreso y cultura. Figuran entre esos predecesores de Urrutia, entre otros nombres: el profesor Cosío Moreira, los doctores Félix E. Lecot y Nicanor Larruín, profesor Víctor E. Mercante, escribano Manuel López, doctores J. Honorio Silgueira y Francisco N. D'Andrea, senador Agustín Martelletti, y el profesor Pedro Caracoche.

La Biblioteca cuenta actualmente con una valiosa colección, dividida en cuatro secciones: General, de Legislación argentina, Infantil y la Sala Americana. Esta última quizás la de más significación continental, por haberse creado en homenaje a la confraternidad y recíproco conocimiento de los hombres de pensamiento de América, desde el año 1929. En dicha sección se registran valiosas obras de los escritores de todas las naciones hermanas de América y se mantiene el canje con las principales bibliotecas de estas naciones, y tiene designados miembros corresponsales en todo el Continente.

Todo lo que pueda representar un mensaje de cultura interesa al espíritu alerta de esta Biblioteca. Por ello ha celebrado conferencias periódicas, clases de divulgación, enseñanza de idiomas, exposiciones, cine educativo, etc.

"Día a día —escribe Martínez Urrutia— año tras año, la Biblioteca Popular Sarmiento continúa señalándose por el constante trabajo de sus dirigentes". Posee actualmente edificio propio y abundantes fondos de reserva para mantener y acrecentar sus actividades. Año tras año reúne a sus asociados para informarles de la obra realizada, y sus Memorias demuestran que en ella viven y palpita la savia creadora del autor de *Facundo*.

En Cuba, no creemos que haya obra similar más que en la Sociedad Económica de Amigos del País, así como otros intentos con pocos recursos en el interior del país. En otros países de América no abundan casos similares, excluyendo los Estados Unidos, donde la iniciativa privada va más lejos que lo oficial en materia de bibliotecas, como nervio central de la eficacia general del hombre en las tareas de la vida mecánica e intelectual.

América necesita, para la conquista de su cultura, una biblioteca como la Biblioteca Sarmiento por cada uno de sus grandes hombres; que no haya un solo joven que no tenga a mano el libro que desea leer; que llegue a todas partes la luz de la enseñanza, para que resplandezca el Continente a la luz del saber en nuestros días, como ayer en el sacrificio por la libertad.

La Habana. Enero del 46.

---

publicanas vigentes, al mantenimiento del orden público, etc., con renuncia expresa a los privilegios de casta, a las intrigas, sobornos y propósitos coercitivos de preeminencias en el Estado.

No pierda de vista la Pentarquía como ideal asequible la elevación del nivel intelectual, moral, económico, social, físico y político del pueblo salvadoreño, como parte integrante de la *Nacionalidad Centroamericana*. Percatarse de la necesidad ineludible de mantenerse como guía y fuerza defensiva al servicio de la *libertad individual* contra el asedio, la amenaza y los apetitos del *caporalismo;* y en defensa del poder público, contra la conjura o intromisión para adueñarse del mando, de cualquier casta patriotera civil o militar.

Mientras tanto, ese pueblo y su gobierno revolucionario, están abocados a una gran prueba: la de redimirse, regirse y ordenarse con sencillez republicana, con austeridad moral, con disciplina inteligente, activa y previsora, con libre discernimiento, con pensamiento reflexivo, con serena gravedad.

Manos a la obra inexcusable, pues. Sin olvidarse nunca de lo prometido o jurado en pro de El Salvador, Centroamérica y América, en los momentos álgidos y decisivos de la exaltación delirante y de la suprema abnegación.

Vuestro conciudadano, amigo y estimador,
*José Angel RODRIGUEZ.*

Nota: *El suscrito es oriundo de Estelí, Nicaragua, ha militado y figura desde niño en el Partido Unionista Centroamericano; es abogado y maestro graduado, patriota revolucionario y refugiado político. Su dirección transitoria: Pensión Restrepo, 5ª C. O. Nº 7. Guatemala.— J. A. R.—Vale.*

---

*Consejo de Gobierno*
*Revolucionario*
Rep. de El Salvador,
C. A.—Nº 19

San Salvador, 4 de enero de 1949.

Señor doctor
don José Angel Rodríguez.
Guatemala.
Distinguido amigo:

En nombre del Consejo de Gobierno Revolucionario y mío propio, cábeme el honor de manifestarle que nos encontramos profundamente emocionados por los términos y conceptos de su muy atenta carta de fecha 28 de diciembre retropróximo.

La pujante y viril Juventud-Militar de mi Patria que tantas veces ha dado muestras de una conducta moral irrefutable, ha puesto coto, una vez más, a los desmanes, atropellos y baldones que un Gobierno como el depuesto, pretendía implantar a nuestro querido y sufrido pueblo; ahora, gracias a la oportuna intervención de la antes mencionada juventud militar y colaboración de la ciudadanía consciente, podemos ver flamear orgulloso y altivo el lábaro sagrado de la Patria.

Motivo de orgullo y emoción es saber que allende nuestras fronteras se encuentren hombres de su talla moral que aplaudan de corazón el triunfo que acabamos de obtener.

La línea de conducta sana y llena de nobles propósitos que nos hemos trazado, está siendo acuerpada de una manera increíble por nuestro sufrido pueblo, que siempre estuvo atado por las cadenas de la ignominia y opresión; pero que ahora ve destellos de luz, de prosperidad y de grandeza.

Al rendirle las gracias por su amable y espontánea atención para con nosotros, me apropio de la oportunidad para firmarme, obsecuente servidor y amigo,

*(f.) Oscar OSORIO*, Mayor.